SCB #16,352

J. Mackay

My original copy
was lost while in
the possession of
Dr. William Wallace
who procured me
this copy before
he left Mexico.

cafe

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

MIGUEL DE UNAMUNO

EL CRISTO DE VELAZQUEZ

POEMA

καὶ ὁ κύριος τῷ σώματι
S.t PABLO I CORINTIOS VI 13

Año 1920

CALPE ~ LOS ~ POETAS

ES PROPIEDAD
COPYRIGHT BY CALPE, 1920

PAPEL FABRICADO ESPECIALMENTE POR «LA PAPELERA ESPAÑOLA»

PRIMERA PARTE

I

Juan, XIV, 19

No me verá dentro de poco el mundo,
mas sí vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis» - dijiste; y ve: te prenden
los ojos de la fe en lo más recóndito
del alma, y por virtud del arte en forma
te creamos visible. Vara mágica
nos fué el pincel de Don Diego Rodríguez
de Silva Velázquez. Por ella en carne
te vemos hoy. Eres el Hombre eterno
que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte
Juan, XVI, 7 parto. Volaste al cielo a que viniera,
consolador, a nos el Santo Espíritu,
ánimo de tu grey, que obra en el arte
y tu visión nos trajo. Aquí encarnada
en este verbo silencioso y blanco

que habla con líneas y colores, dice
su fe mi pueblo trágico. Es el auto
sacramental supremo, el que nos pone
sobre la muerte bien de cara a Dios.

II

VIENTO que del abismo de la altura
por entre hermanos que ya fueron sopla
la sobrehaz del alma nos sacude,
y en el trémulo espejo retratado
también el mundo tiembla. Represéntannos
cual de azogado en contorsión tu imagen
los que temblando ante la muerte vieron
al Juez en Ti; mas este hombre asentado,
regio aposentador Don Diego, intrépido,
de corazón al paso de andadura
por la común rodera de Castilla,
Te vió como si a Apolo, con el alma
sólo atenta mirando a abastecerse

con la clara visión : que es la del arte
la escuela de la eterna endiosadora.
Porque te vió con fe que se saciaba
de ver no más, el alma bien contenta
con ser gota que espeja el universo.
Luc,X,23-24 Dichosos ojos los que al ver cual vemos
lo que no vieron reyes ni profetas
Luc., X, 19. nos dan brío a pisar sobre escorpiones,
dominando el poder del Tentador.

III

y el Señor para el cuerpo.....
I Corintios, VI, 13

Revelación del alma que es el cuerpo,
la fuente del dolor y de la vida,
inmortalizador cuerpo del Hombre,
carne que se hace idea ante los ojos,
cuerpo de Dios, el Evangelio eterno :
milagro es este del pincel mostrándonos

al Hombre que murió por redimirnos
de la muerte fatídica del hombre;
la Humanidad eterna ante los ojos
nos presenta. ¡Ojos también de carne,
de sangre y de dolor son, y de vida!
Este es el Dios a que se ve; es el Hombre;
este es el Dios a cuyo cuerpo prenden
nuestros ojos, las manos del espíritu.
No hay más remedio que creer tu sino,
meollo de la Historia, que la ciencia
del amor ilumina; nuestras mentes
se han hecho, como en fragua, en tus entrañas,
y el universo por tus ojos vemos.

Hechos, IV, 31.

Sacude el suelo en que me asiento y llena
con tu divino soplo mis honduras,
para que con franqueza y sin rebozo
diga tus dichas con mi voz más alta.
Mi lengua abrasa, y como llama ardiente
cante con sones de alas de los ángeles
la lección que en tu carne, libro vivo,

Ezequiel, III.

se nos enseña. Déjame este rollo
comer con hambre, y luego de mi boca
la miel destile de la dulce mangla

Juan, VII, 38.

de tu costado. ¡Broten del recóndito

de mis entrañas, ríos de agua viva,
estos mis versos, y que corran tanto
cuanto yo viva, y sea para siempre!
Hechos, III, 6. Ni oro ni plata míos, lo que tengo
Dios me lo dió y aquí os lo doy, hermanos,
Hechos, V, 1-6. que el jugo todo de mi esfuerzo pongo
para vuestro común caudal sin pizca
reservarme, que no se engaña a Dios.

IV

Mi amado es blanco.....
Cantares, V, 10

Questo occhio vede in quella bianchezza tucto Dio et tucto uomo, la natura divina unita con la natura umana. (Santa Caterina da Siena : «Libro della Divina Dottrina», capitulo CXI.)

En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?

Luc, XVII, 20-21.

Miras dentro de Ti, donde está el reino
de Dios; dentro de Ti, donde alborea
el sol eterno de las almas vivas.
Blanco tu cuerpo está como el espejo
del padre de la luz, del sol vivífico;
blanco tu cuerpo al modo de la luna
que muerta ronda en torno de su madre
nuestra cansada vagabunda tierra;
blanco tu cuerpo está como la hostia
del cielo de la noche soberana,
de ese cielo tan negro como el velo
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno.

Que eres, Cristo, el único
Hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada. Desde entonces
por Ti nos vivifica esa tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida;
por Ti, el Hombre muerto que no muere,
blanco cual luna de la noche. Es sueño,
Cristo, la vida, y es la muerte vela.

El Cristo de Velázquez

Mientras la tierra sueña solitaria,
vela la blanca luna; vela el Hombre
desde su cruz, mientras los hombres sueñan;
vela el Hombre sin sangre, el Hombre blanco
como la luna de la noche negra;
vela el Hombre que dió toda su sangre
porque las gentes sepan que son hombres.
Tú salvaste a la muerte. Abres tus brazos
Cantares, I, 6 a la noche, que es negra y muy hermosa,
porque el sol de la vida la ha mirado
con sus ojos de fuego : que a la noche
morena la hizo el sol y tan hermosa.
Y es hermosa la luna solitaria,
la blanca luna en la estrellada noche
negra cual la abundosa cabellera
negra del nazareno. Blanca luna
como el cuerpo del Hombre en cruz, espejo
del sol de vida, del que nunca muere.

Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre
nos guían en la noche de este mundo,
ungiéndonos con la esperanza recia
de un día eterno. Noche cariñosa,
¡oh noche, madre de los blandos sueños,

madre de la esperanza, dulce Noche,
noche oscura del alma, eres nodriza
de la esperanza en Cristo salvador!

V

LUNA

Yo soy la luz del mundo.
Juan, VIII, 12.

LUNA desnuda en la estrellada noche
desnuda del espíritu, conviértense
a ti nuestras miradas, ¡oh lucero
del valle de amarguras! Pues nosotros,
pobres hombres, no más así podemos
cuerpo a cuerpo mirarte. Eres el Hombre,
y en tu divina desnudez nos llega
del sol encegador la eterna lumbre.
Tú al retratar a Dios nos pregonaste
que somos hombres, esto es: somos dioses,

Juan, X, 34; Salmo LXXXI, 6.

y a tu lumbre, lucero de las almas,
los mármoles helénicos cobraron
nueva luz, y a los dioses del Olimpo
los vimos a la busca de tu padre:
Homero de la mano de Isaías,
Sócrates con Daniel buscando al hombre.
La humanidad, hija de Dios, que Sócrates
con la razón, que es astrolabio y brújula,
descubrieron, Tú, Cristo, conquistaste
con tu espada de amor, que es brasa pura,
¡oh león de Judá, rey del desierto!
Bautizados los dioses, convertidos
y contritos, cumplieron penitencia
y escoltan a las gentes a tu leño,
para que allí de Ti, del Hombre eterno,
se percaten del todo que hombres son.

VI

ECCE HOMO

Tu cuerpo de hombre con blancura de hostia
para los hombres es el evangelio.

Dieron sus cuerpos los helenos dioses
de la rosada niebla del Olimpo
para la vista en pasto de hermosura,
regocijo de vida que se escurre;
mas sólo Tú, la carne que padece,
la carne de dolor que se desangra,
a las entrañas nos la diste en pábulo,
pan de inmortalidad a los mortales.
¡Tú eres el Hombre-Dios, Hijo del hombre!
La humanidad en doloroso parto
de última muerte que salvó a la vida
Te dió a luz como Luz de nuestra noche,
que es todo un hombre el Dios de nuestra noche
y hombría es su humanidad divina.
Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma,
tu cruz es nuestra vara, la medida
del dolor que sublima, y es la escuadra
de nuestra derechura : ella endereza
cuando caído al corazón del hombre.
Tú has humanado al universo, Cristo,
¡que por Ti es obra humana! ¡Vedlo todo!
«¡He aquí el Hombre!» por quien Dios es algo.
Juan, V, 7. «¡No tengo Hombre!», decimos en los trances
de la vida mortal; mas Tú contestas :

Juan, XI, 25, y XIV, 6.

«¡Yo soy el Hombre, la Verdad, la Vida!»
Tal es el Hombre, Rey de las naciones
de desterrados, de la Iglesia Santa,
del pueblo sin hogar que va cruzando
el desierto mortal tras de la enseña
y cifra de lo eterno, que es la cruz!...

VII

DIOS - TINIEBLAS

De noche la redonda luna dícenos
de cómo alienta el sol bajo la tierra:
y así tu luz: pues eres testimonio
Tú el único de Dios, y en esta noche
sólo por Ti se llega al Padre Eterno:
sólo tu luz lunar en nuestra noche
cuenta que vive el sol. Al reflejarlo
brillando las tinieblas dan fulgores
los más claros, que el mármol bien bruñido

Luc, X, 22.

Éxodo XX, 21; I Reyes, VIII, 12; Salmos XVII, 12, XCVI, 2.

mejor espejo da mientras más negro.
Te envuelve Dios, tinieblas de que brota
la luz que nos rechazas; escondida
sin tu pecho, su espejo. Tú le sacas
a la noche cerrada el entresijo
de la Divinidad, su blanca sangre
luz derretida; porque Tú, el Hombre,
cuerpo tomaste donde la incorpórea
luz, que es tinieblas para el ojo humano
corporal, en amor se incorporase.
Tú hiciste a Dios, Señor, para nosotros.
Tú has mejido tu sangre, tuya y nuestra,
tributo humano, con la luz que surge
de la eterna infinita noche oscura,
con el jugo divino. Y es herida
que abrió el fulgor rasgando las tinieblas
de Dios, tu Padre, el sol que ardiendo alumbra
por tu pecho, de hirviente amor llagado.
Y tú la infinidad de Dios acotas
en el cerrado templo de tu cuerpo
e hilas la eternidad con tus suspiros,
rosario de dolor. Tu pecho muéstranos
la blanca eternidad que nos espera
y en su fúlgido espejo el alma ansiosa

ve sus raíces de antes de la vida.
Tu humanidad devuelve a las tinieblas
de Dios la lumbre oculta en sus hondones
y es espejo de Dios.
Es como el alba
tu cuerpo; como el alba al despojarse
del negro manto de la noche, en rollo
a sus pies desprendido. Con tus brazos
alargados en gesto dadivoso
de desnudar tu cuerpo y de ofrecerlo
a cuantos sufren del amor hostigo,
descorres la cortina de tinieblas
del terrible recinto del secreto
que a la casta de Adán le acongojaba
mientras ansiosa consumía siglos;
con tus abiertos brazos la negrura
del abismo de Dios, tu Padre, rasgas
y echándolo hacia atrás, de tu cruz cuelgas
el negro manto en que embozado estabas
dándotenos desnudo. Sacudido
muriendo Tú, rasgóse de alto a bajo
del templo el velo cárdeno, las tumbas
abriéronse y los santos que dormían
se irguieron para ver tu cuerpo blanco

Éxodo XXVI, 31; Mat., XXVII, 51.

que en desnudez al Padre retrataba
desnudo. Destapaste a nuestros ojos
la humanidad de Dios; con tus dos brazos
desabrochando el manto del misterio
nos revelaste la divina esencia,
la humanidad de Dios, la que del hombre
descubre lo divino. De tu cuerpo
sobre el santo recinto, iglesia, vamos
en Dios, tu Padre, a ser, vivir, movernos
de abolengo divino hermanos tuyos.
Y envuelves las tinieblas, abarcando
tenebrosas entrañas en el coto
de tu cuerpo, troquel de nuestra raza,
¡porque es tu blanco cuerpo manto lúcido
de la divina inmensa oscuridad!

Colosenses, I, 24.
Hechos, XVII 28.

VIII

A reposar convidas, cual la noche,
sobre la almohada de tu pecho pálido

desnudo y quieto, con quietud de muerte
que es vida eterna, a nuestra frente hundida
so el peso de nublados de dolores
tempestuosos; al reposo llamas
a la congoja de que el alma vive
quemándose a esperar. Y nuestras penas
sobre tu corazón, fuente sin corte
de humanidad eterna, como en piélago
donde se mira la quietud del cielo,
adurmiéndose sueñan. Aquietado
tu corazón en sí, su luz derrama;
se anchan desde él tus brazos sobre el mundo,
y tu silencio dícenos : «Hermanos,
venid aquí a acostar vuestros pesares;
Yo soy la luna que embalsando al valle
con laguna de leche esplendorosa
mece el ensueño.» Cubre con cariño
la blanda noche de tu tenebrosa
melena de abatido nazareno
tu frente, albergue de divina idea,
y esplende blanco cual la luna el velo
de tu llagado corazón que sufre;
porque hiciste razón de tus entrañas.
La luz de Dios se espeja como en foco

dentro tu corazón, que ya no late,
y es tu cuerpo cortina trasparente
del corazón. Tu blanco pecho quieto,
de la lámpara velo, no respira :
lago sin ondas, retratando al cielo
en su quietud serena y resignada,
nos da la lumbre inmoble y sin principio.
¡Oh luz queda, sin olas, luz sin tiempo,
mar de la luz sin fondo y sin riberas,
mar de la muerte que no se corrompe
y de la vida que no pasa mar!

IX

SANGRE

Blanco Cristo que diste por nosotros
toda tu sangre, Cristo desangrado
que el jugo de tus venas todo diste
por nuestra rancia sangre emponzoñada;

lago en seco, esclarece tus blancuras
ese río de sangre que a tus plantas
riega el valle de lágrimas. La sangre
que esparciste en perdón es la que enciende,
donde su planta fué, tu eterna lumbre;
la sangre que nos diste es la que deja,
pan candeal, tu cuerpo blanco. Sangre;
roja tu sangre como luz cernida
por panes — pétalos — del oro dulce,
nunca soñada flor de los redaños
de la tierra en un tiempo incandescente.
¡Sangre! ¡Sangre! Por Ti, Cristo, es la sangre
vino en que ante la sed fiera del alma
se estruja el universo. Los racimos
de estrellas temblorosas que colgando
de la celeste bóveda — la parra
que del eterno sol a nuestra tierra
guarda que no la escalde — esos racimos,
de estrellas ¿qué destilan sino sangre?
¿Qué es su luz sino sangre que se enciende
con el amor? La sangre en que la vida
de la carne nos guarda, nos redime;
ni da fruto el amor sin sangre. Blanco
quedaste al agotarla a fondo, entera;

Levítico, XVII, 11.

como el pan candeal blanco tu cuerpo,
blanco como la luna desangrada
que blanca y fría en torno de la tierra
lleva la antorcha del amor constante
por la noche del mundo. Toda sangre
se hizo la luna. Tú, Hijo del hombre,
fuiste de nuestra sangre, y por nosotros
vertiste toda y con el mar cubriste
de tu sangre a los hombres. Tú, cordero
de la sangre de amor siempre sin merma,
restañaste con esa sangre roja
la mancha del pecado — la conciencia
del mal obrar, que hace remordimiento —
y nos dejas marchar quitos del peso
que al corazón nuestra cabeza abruma.

Apocalipsis, VI, 12.

¡Oh Cristo del perdón! Tú nos perdonas
aun antes de pecar, y así vivimos
libres del torbellino que a la sima
de perdición conduce. Tú perdonas
al hombre que no sabe lo que se hace:
¡perdón es tu lechosa luz lunar!

Luc., XXIII, 34

X

LA VIDA ES SUEÑO

Estás muerto, Maestro, o bien tranquilo
durmiendo estás el sueño de los justos?
Juan, XI, 11. Tu muerte de tres días fué un desmayo,
sueño más largo que los otros tuyos;
pues tú dormías, Cristo, sueños de Hombre,
Cantares, V, 2 mientras velaba el corazón. Posábase,
ángel, sobre tu sien esa primicia
del descanso mortal, ese pregusto
del sosiego final de aqueste tráfago;
cual pabellón las blandas alas negras
del ángel del silencio y del olvido
sobre tus párpados; lecho de sábana
pardo la tierra nuestra madre; al borde,
con los brazos cruzados, meditando
sobre sí mismo el Verbo. Y di, ¿soñabas?

¿Soñaste, Hermano, el reino de tu Padre?
¿Tu vida acaso fué, como la nuestra,
sueño? ¿De tu alma fué en el alma quieta
fiel trasunto del sueño de la vida
de nuestro Padre? Di, ¿de qué vivimos
sino del sueño de tu vida, Hermano?
Hebreos, XI, 1. ¡No es la sustancia de lo que esperamos,
nuestra fe, nada más que de tus obras
el sueño, Cristo! ¡Nos pusiste el cielo,
ramillete de estrellas de venturas;
hicístenos la noche para el alma
cual manto regio de ilusión eterna!
Por Ti los brazos del Señor nos brizan
al vaivén de los cielos y al arrullo
del silencio que tupe por las noches
la bóveda de luces tachonada.
¡Y tu sueño es la paz que da la guerra,
y es tu vida la guerra que da paz!

XI

PAZ EN LA GUERRA

Juan, XV, 14 — Ya estás en paz, la de la muerte, amigo!
Lucas, XII, 51. — Tú que a traernos guerra descendiste
a nuestro mundo, guerra creadora,
manantial de deseos desmedidos,
huracán de las almas que levantan
como olas sus ahincos con la tema
de anegar las estrellas en su seno;
Génesis, XXXII, 24-30 — guerra con Dios, como Jacob cuando iba
en busca de su hermano, pues padece
Mateo, XI, 12; Lucas, XVI, 16; Gálatas, V, 16. — fuerza la gloria; guerra que es la base
del que ansía la paz; guerra que es gloria.
Sólo en tu guerra espiritual nos cabe
Juan, XX, 19; Marc, XVI, 14 — tomar la paz, tu beso de saludo;
solo luchando por el cielo, Cristo,
vivir la paz podremos los mortales.

Juan, XIV, 24 Pero tu paz, Hermano, y no el embuste
que como tal da el mundo, hasta aquel día
Isaías, XI, 7. en que el león con paja se apaciente,
y anide el gavilán con la paloma;
porque guerra de paz fué tu pasión.

XII

ALBA

BLANCO estás como el cielo en el naciente
Oseas, VI, 3. blanco está al alba antes que el sol apunte
del limbo de la tierra de la noche:
que albor de aurora diste a nuestra vida
vuelta alborada de la muerte, porche
Éxodo XIII, 21-22. del día eterno; blanco cual la nube
que en columna guiaba por el yermo
al pueblo del Señor mientras el día
duraba. Cual la nieve de las cumbres
ermitañas, ceñidas por el cielo,

donde el sol reverbera sin estorbo,
de tu cuerpo, que es cumbre de la vida,
resbalan cristalinas aguas puras
espejo claro de la luz celeste,
para regar cavernas soterrañas
de las tinieblas que el abismo ciñe.
Como la cima altísima, de noche,
cual luna, anuncia el alba a los que viven
perdidos en barrancos y hoces hondas,
¡así tu cuerpo níveo, que es cima
de humanidad y es manantial de Dios,
en nuestra noche anuncia eterno albor!

XIII

ROSA

Como la rosa del zarzal bravío
con cinco blancos pétalos, tu cuerpo,
flor de la creación; sangriento cáliz

tu henchido corazón donde destilas
el suero de la crema de la vida.
Se colmó de dolor tu cáliz, vaso
de la insondable angustia que no coge
en corazón mortal; de Ti aprendimos,
divino Maestro de dolor, dolores
que surten esperanzas. Tú gustaste
dolor que al hombre mata; así sufriendo
nos mataste el temor. Y por tu pena,
que hizo Hombre a Dios, Hermano, te queremos,
y común nuestro Padre, nuestro y tuyo,
por tu dolor, ¡oh Maestro de dolores!,
pues tu divinidad es magisterio.

Como la rosa del zarzal bravío
— y zarzal es tu cruz, lecho de espinas —
blanco y con cinco pétalos tu cuerpo;
Éxodo III,14 como la rosa del zarzal que ardía
sobre el monte de Dios sin consumirse,
blandón de fuego en medio de la zarza,
del blanco fuego del amor eterno.
Y en Ti, llama de amor, zarza florida,
como a Moisés : «¡Soy el que soy!», nos dice
III Reyes XIX, 11-13. susurrando tu Padre; mas el cáliz
de la rosa, tu boca, que es de mieles,

panal donde las almas van, abejas,
derechas a libar, tu boca henchida
de flores campesinas, de parábolas
que al corazón se meten, se ha cerrado
frente a la noche fría, y tus dos labios
como otra llaga son; cual de tu pecho
la que sellando tus entrañas se abre
sangrienta boca de besar sedienta
y que resuella amores. Tus dos bocas,
yertas de sed de amor, callan fruncidas;
la lengua en la una, el corazón en la otra,
reposan secos de haber tanto amado.

De tu boca manaron los decires
que de consuno son fuego y frescura;
de tu boca el sermón que en la montaña
dictó al eterno amor eterno el código;
la oración de tu boca que consuela
de haber nacido a pena de morir.

XIV

ARROYO-FUENTE

Como un arroyo al sol tu cuerpo brilla,
vena de plata viva en la negrura
de las rocas que ciñen su encañada;
las aguas corren y el caudal es uno
sobre el alma del cauce duradero.

Nos bañamos en Ti, Jordán de carne,
Juan, III, 5. y en Ti de agua y de espíritu nacimos.
De tu haz en el cristal — ondas de plata —
Juan, I, 32. de la paloma el blanco vuelo vemos:
sus alas se confunden con las ondas,
pareciendo volar en lo profundo
del lecho de tus aguas. Tú bautizas
Juan, I, 33. con Espíritu Santo y nos sumerges
en la mar increada, que es luz pura.
La visión del espíritu en tu pecho

se espeja, y a nosotros su paloma,
Hechos, II, 3. blanca lengua de fuego, como copo
vemos que nieva desde tu regazo.
Eres, Jesús, cual una fuente viva
que canta en la espesura de la selva
cantares vírgenes de eterno amor.

XV

NUBE-MÚSICA

Números, IX, 15, etc. Nube eres de blancura al par de aquella
que a través del desierto fuera al pueblo
de Dios guiando; nube de blancura
como la perla de la negra nube
sin contornos, del infinito concha,
que es tu Padre. Nube blanca teñida
por la sangre del sol que entra en la tierra
y se pone a nacer en otro mundo
donde es su reino. Blanco cual las nubes,

espuma de los cielos, los vellones
celestiales que riegan a la tierra.
Como la nieve blanco está el vestido
de esa tu alma rendida, Nazareno;
Marcos, IX, 2 como la nieve; lavador en tierra
Éxodo XXXIV, 29 no hay que le haga tan blanco : resplandece
cual nieve, espejo de la luz. Convida
Mat, XVII, 1; Luc., IX, 28. a quedarse en el monte, y acampados
gozar de su blancura. Mas de pronto
ve, otra nube hace sombra de tristeza
sobre tu frente lívida, y nos dice
suave voz de su seno : «¡Este es mi Hijo,
mi Hijo amado en quien me gozo, oídle!»
Y el níveo albor de tu divino cuerpo
de resurgir de entre los muertos canta
— no dice —, porque es música tu cuerpo
divino, y ese cántico callado
— música de los ojos su blancura —,
I Samuel, XVI, 14-23. como arpa de David da refrigerio
a nuestras almas cuando ya el espíritu
del Malo las tortura, y a las notas
de la armonía de tu pecho santo
se aduermen nuestras penas hechizadas
en los nidos de nuestros corazones

abrigados. Y entonces la pobre alma,
hecha antes un ovillo por la tétrica
Luc., XIII, 11-13. mano del Tentador, que nos la estruja
y engurruñe, al sentir la sinfonía
de tu cuerpo, como un retoño ajado
a que la savia vuelve, se endereza
Luc., XIII, 10. y en postura de marcha se recobra.
El canto eres sin fin y sin confines;
eres, Señor, la soledad sonora,
y del concierto que a los seres liga
la epifanía. Cantan las esferas
por tu cuerpo, que es arpa universal.

XVI

CORDERO

Cordero blanco del Señor, que quitas
los pecados del mundo y que restañas
Génesis, IV, 15. la sangre de Caín con la que corre

de tu hendido costado, es mansedumbre
divina la blancura de tu cuerpo,
resignación la luz del foco ardiente
de tu fiel corazón : que eres hoguera
Apoc., XXI, 23. que a la ciudad toda de Dios alumbra.
Sobre tu cuerpo, ya arrecido, lágrimas
de tu madre la tierra han escarchado,
como el rocío que en vellones cándidos
del cordero arrecido en noche helada,
Jueces, VI, 37-38. como el rocío en el vellóu que puso
Gedeón en la era, a Dios pidiéndole
señales en la lucha por su pueblo.
El vellocino tras el cual surcaron
los argonautas los remotos mares
más tenebrosos nos lo dan tus manos
empapado en la sangre de tus venas,
y es vellocino de oro verdadero
que ni se gasta ni ladrón alguno
nos le puede robar; ¡del oro puro
de tu sangre sin mancha, de que se hizo
con el fuego de amor la luz del sol!

XVII

HOSTIA

Hostia blanca del trigo de los surcos
del desierto, molido por la muela
del dolor que tritura; pan divino
de flor de harina, como lecho blanco,
Hijo eres, Hostia, de la tierra negra;
Hijo eres de la tierra, Hijo del Hombre,
Hijo de Dios y de la Virgen Madre,
nuestra madre la tierra. Por el mundo
cual espigas ondean los mortales,
hasta que la hoz los siegue de la Muerte,
que arrastra el trillo convirtiendo en era
lo que fué ayer ejido de deportes,
y a la tolva van luego, y de esa harina
su pan amasa Dios, que vive de hombres,
del sólo pan que somos tus discípulos.

I Corintios, X, 17.

Vive de Ti, Hostia blanca como leche,
nacida de la Virgen Tierra Madre;
por Ti comulga Dios con sus mortales:
tierra y agua de Dios son pan y vino
del hombre, y Dios con ellos hombre se hace.
Tu cruz, cual una artesa en que tu Padre
hiciera con sus manos nuestro pan.

XVIII

VINO

La viga maestra del dolor macizo
a que la piedra del remordimiento,
por el rodezno de la culpa obrando,
sobre tu corazón su pesadumbre
cargó, y enderezaron como *vírgenes*
las tristes manos pecadoras de Eva,
sobre el lagar divino de tu pecho
pisó el licor que nuestras penas lava.

Triste es el vino en el desierto, en donde
no hay agua, madre de verdor riente;
triste el vino cual sangre y triste tu alma,
Mat., XXVI, 38. Jesús, hasta la muerte. Mas tu jugo,
mientras no entremos al divino oceano
sin haz ni fondo y sin orillas, abra
de nuestros ríos todos peregrinos,
sostén de esta jornada dolorosa
por el desierto de la vida humana,
es tu vino. Señor, tu propia sangre,
tu vino triste del dolor, el vino
Juan, XV, 5 de la vid de que somos los sarmientos.

Triste es el vino, sí; mas nos embriaga
y nos trae la ilusión con el olvido.
¡Oh embriaguez de la sangre redentora,
del vino del desierto falto de agua;
locura de la cruz, dolor sorbroso,
despego de la vida, tú nos borras
el dejo del vinagre que en la esponja
de su vano consuelo nos da el mundo!

Juan, XIX, 34 Y hay en el vino de tu sangre, ¡oh Cristo!,
agua también, de cumbre y sin mancilla,
licor de vida que la sed apaga

para siempre jamás a quien lo bebe
y vuélvese en su dentro manadero
Juan, IV, 14 que le da un sempiterno revivir.

XIX

LINO

BLANCO lino tu cuerpo, frágil tela
que de la parda tierra Dios hilando
tejió y tiñó y ciñó a su Pensamiento
— por desnudo, invisible —, vestidura
dándole así con que alumbrase al mundo
la luz de la Palabra, eterna capa
recamada de innúmeras estrellas.
Juan, XIX, 5. Y el lino se tiñó de regia púrpura
sonsacada del mar de los abismos
— del mar donde descansan los que fueron
junto a los que serán —, y de la Muerte
fué sudario de amor al inmolarla.

Marc., XV, 20.

Con mano airada el pueblo a desgarrones
desnudó a la Palabra creadora,
mas Ella recogiendo su vestido
volvióselo a ceñir y como un manto
lo tendió por dosel en nuestro cielo.
El Hacedor de la visión sin lindes
de rebaños de soles peregrinos
que a nuestro orbe — apagada chispa — arrastran,
de la ceniza de éste fué tejiendo,
con incorpóreas manos tenebrosas
— herramientas de todopoderío —,
durante nueve meses en el vientre
de una doncella tenebroso, túnica
con que al vestir su desnudez Le vieran
las almas que brotaron de su sien.

XX

ÁGUILA

ÁGUILA blanca que bebiendo lumbre
del Sol de siempre con pupilas fúlgidas

nos la entregas, pelícano, en la sangre
de tus propias entrañas convertida;
Águila blanca, ¿por qué así tus ojos
vela esa negra nube, esa cimera
de nazareno? Luz nos das; antorcha
tu corazón que ardiendo nos alumbra
y nos aveza a hacer de nuestra sangre
luz de tu luz. Eres la luz, Tú, el Hombre,
que esclarece en el mundo a los mortales.
¡Luz, luz, Cristo Señor, luz que es la vida!

Deuteronomio, XXXII, 11.

Cuando muramos, en tus blancos brazos,
las alas de la Muerte Emperadora,
llévanos hasta el Sol, allí a perderse
nuestros ojos en él, a que veamos

Éxodo XXXIII, 20.

la cara a la Verdad que al hombre mata
para resucitarle. Águila blanca
que a raudales bebiendo viva lumbre
del Sol eterno con divinos ojos
nos la das en tu sangre derretida,
llévanos a abrevar del Sol eterno
con nuestros ojos luz, a que veamos
la cara a la Verdad. Que las lechuzas
de Minerva, que no ven más que a oscuras,
pues las deslumbra el mediodía, busquen

en la noche su presa. No lechuzas,
águilas nuestras almas, que muriendo
vivan por ver la cara a Dios. ¡Mirada
danos de pura fe, que la mirada
resista de los ojos deslumbrantes
de la Verdad, del Sol que no se extingue,
de la cara de Dios que nos da vida
cuando con su mirar muerte nos da!

XXI

NUBE NEGRA

O es que una nube negra de los cielos
ese negror le dió a tu cabellera
de nazareno, cual de mustio sauce
de una noche sin luna sobre el río?
¿Es la sombra del ala sin perfiles
del ángel de la nada negadora,
de Luzbel, que en su caída inacabable

— fondo no puede dar — su eterna cuita
clava en tu frente, en tu razón? ¿Se vela
el claro Verbo en Ti con esa nube,
negra cual de Luzbel las negras alas,
mientras brilla el Amor, todo desnudo,
con tu desnudo pecho por cendal?

XXII

LEÓN

Blanco león de los desiertos, mecen
vientos de fuego tu melena negra,
te envuelve el sol, tu padre, y tu mirada
nos ve en la arena. Y con amor furioso
persigues a quien amas, y si te huye
le acosas con ahinco y acorralas
sin dejarle vivir; de sed se muere,
y tiembla detenerse en los arroyos
ante tus fieros ojos en acecho

de víctimas. Temblando a lo que anhela,
cree sentir tras las rocas resoplidos
de tu resuello, y cuando, al fin, rindiéndose,
de ojos cerrados, tu zarpazo espera,
parado el corazón, de hielo el rostro,
siente tu sangre que la sed le apaga,
siente el abrazo de la dulce muerte
que le lleva a la vida a que escapaba,
y que es comerte ser por tí comido,
¡Rey del desierto, León de Judá!

XXIII

TORO

Levítico, IV, 2.

Tú, blanco toro de lunada frente,
toro entero y sin mancha, que tan sólo
te doblegaste de la cruz al yugo,
regando con tu sangre nuestra tierra,
que es el ara del templo de tu Padre;

Levítico, XVI, 6.
becerro expiatorio, del rebaño
cabeza, y a la vez que sacerdote
Hebreos, VII, 27.
víctima que te ofreces a Ti mismo;
Levítico XI, 3-4.
de Ti, que rumias nuestras tristes penas
y con hendidos pies surcas los valles
cuyo verdor abonan nuestras lágrimas,
comer podemos, que tu carne es pura.
¡Tú, becerro de carne mantenida
con la mies del trabajo que los hijos
Éxodo XXXII, 4, 20.
de Adán sudaron, al becerro de oro
quemándolo en tu fuego lo reduces
a polvo, que en las aguas esparcido
nos lo das a beber y así consigues
de tu padre a nosotros el perdón!

XXIV

QUERUBÍN - LIBRO

Ecequiel, X, 14.
ÁGUILA el Hombre, Tú, León y Toro;
la Esfinge, el Querubín de nuestro sino.

Y nosotros, mortales miserables,
tan sólo descifrando tus parábolas
vivir podemos el amor. Porque eres
el libro eterno de los cinco sellos
arrollado a la cruz, que como tórculo
imprime en él letras de sangre, de hojas
de pergamino nítido arrancado
de los redaños de tu entraña, y donde
no lee más que el amor. Es tu blancura,
con enigmas sangrientos salpicada,
para la vana ciencia de este mundo
fuente tan sólo de ceguera incrédula,
y tropiezo tu cruz, leño de escándalo.
Apoc., V, 3. Nadie en el cielo ni en la tierra pudo
ni bajo de ella abrir el libro : sólo
puede el amor con roja sangre abrirlo.
Sólo el amor las cinco llaves puede
manejar, que descifran su blancura.
Como un libro arrollado abrióse el cielo
al morir Tú en la cruz, libro de carne,
y la Palabra que creó nos dijo :
«Toma ese libro y cómelo; si acerbo
para tu vientre, te será en la boca
miel y dulzura.» Y eres Tú ese libro.

¡El libro es vivo, es Maestro, y con su muerte
da la lección que ha impreso con su sangre,
no lección de palabras que hincha el viento,
sino de vida eterna alta lección!

XXV

PUERTA

Lucas, XI, 10.

Juan, X, 9; Hebreos, I, 3.

Eres la blanca puerta del empíreo,
siempre abierta al que llama, y donde se abre
de las tinieblas — divinas entrañas —
el resplandor. De par en par sus hojas
— a la diestra justicia y a la izquierda
misericordia — ábrensenos propicias,
sobre los goznes del rosario al leño
de la cruz — rodrigón — envencijado.
¡El umbral de tu cruz de Adán la tumba,

y en su dintel se apoya cejijunto
Luzbel, a las tinieblas acechando!
¡Pobre Luzbel, estrella de la tarde,
en sombra de tinieblas convertido,
Lucas, X, 18. caído desde el cielo como un rayo!
¡Dale, Señor, tu mano, y se derrita
su sombra en las tinieblas de tu Padre,
y vuelva a ser lucero matutino!
Desgarrón de los cielos, abertura
Tú eres de Dios, y quien por Ti le mira
muere de verte, al fin, de amor se muere,
y muriendo de amor vida recobra,
vida que nunca muere. Y es el puente,
cimentado con lágrimas y sangre,
tu cruz que a Ti, que eres la blanca puerta
de la mansión de Dios, nos encamina
por sobre el foso de este bajo mundo
ceñidor del castillo celestial!

XXVI

LIRIO

Lirio del valle del dolor, regado
de Adán con el sudor y con las lágrimas;
blanco lirio entre cardos, como copa
Tú el rocío del cielo nos recoges
y en vino nos lo escancias. De la tierra
brotar la humanidad te hizo, en anhelo
de ser madre con Dios, a quien pedía,
como a Jacob Raquel, clamando a gritos :
«¡Dame un hijo de Ti, si no, me muero!»
Y al ser madre Raquel murió dichosa,
Benjamín, que era el hijo de la diestra,
dando con su postrer aliento al cielo.
Y en el camino de Belén, tu cuna,
fué sepultada, para que sus huesos
maternales del sacro, que llevaron

Génesis, XXX, 1.

Génesis, XXXV, 18, etcétera.

a Benjamín, de amor se estremecieran
en el polvo al sentir de tus vagidos
el eco a que la tierra retembló.

XXVII

E S P A D A

Tu cuerpo como espada al sol relumbra;
como una espada al sol luce tu cuerpo,
espada del Señor, llena de sangre,
como el cuchillo aquel con que desgarra
del Leviatán el escamoso cuero;
como una espada de vencer combates
— ¡espada de dos filos tu palabra! —,
con la que hay que cortar de nuestra vida
el cordón terrenal. Pues Tú viniste
en tu diestra a traer paz con la guerra :
por Ti riñen los hijos con sus padres
entre sí; los hermanos, los esposos :

Isaías, XXXIV, 6.
Job, LI, 7.
Hebreos, IV, 12.
Lucas, XII, 51-54.

eres espada de la paz, que hiere
para acabar la guerra con la guerra;
eres acero que divide y junta,
pues sólo junta aquello que divide;
y eres espada que arde, brasa pura,
Génesis, III, 24. cual aquella querúbica que veda
el camino del árbol de la vida
del paraíso. Y eres blanca llama
de la hoguera, crisol de nuestras almas,
que liquida el dolor y lo trasmuda
en río que va al sol, que es mar de fuego.
Blanca llama, relámpago que es sangre
de las tinieblas, cual aquel que hiriera
Hechos, IX. en el sendero de Damasco a Saulo
diciéndole: «¿Por qué así me persigues?
¡Yo soy Jesús, a quien persigues, Saulo!»
¡Blanca llama de fuego que devora,
hoguera del amor: como a la enjuta
yesca mi corazón entero abrasa;
mi carne de pecado se consuma,
y hágale pavesas su restregón!

XXVIII

ÁNFORA

Ánfora blanca del licor divino
por siglos de los siglos decantado,
el eterno Alfarero te torneara
con el brazo de que hizo a Adán, y el torno
sigue tornando. ¡De la misma arcilla,
vasijas nuevas de dolor y amores,
contra la tierra viénense a quebrar!

XXIX

PALOMA

Salmo, LXVII, 14.

Génesis, VIII, 12; IX, 13.

CUAL la paloma de plateadas plumas
que al salir por tercera vez del arca
no volvió con el ramo de la oliva,
sino perdióse bajo el arco iris
de las nubes, señal de la promesa;
¡Tú, así, paloma blanca de los cielos,
nos vienes a anunciar que hay tierra firme
donde arraigar allende nuestro espíritu
y que florezca por la eternidad!

XXX

LECHE

Como la leche de María blanco,
nata de Humanidad, puro alimento
que al cuerpo le da paz. Porque es la leche
cándida flor de amor de las entrañas
de la madre, de amor que se da en pábulo.
Dios te engendró de la Sabiduría,
que es humana y es virgen, en el vientre,
y con su leche te nutrió, y creciste
Lucas, I, 80; I, 40. en fortaleza y en saber y en gracia,
morando en los desiertos hasta el día
Lucas, III. cuando, a la obra maduro ya, surgiste
de las aguas corrientes del Jordán.

XXXI

ÁRBOL

De Ti al claror, aqueste valle
de amarguras remeda blanco lago
de lágrimas, de noche; su verdura
como el haz de las aguas, y sus rocas
islotes en que aguardan desterradas
su libertad las almas. Arrecidas
tiemblan — ¡las pobres! — cual las hojas secas
de noviembre en el chopo de la orilla
del río que no posa, y recogiéndolas
cuando caen en su seno, al mar las lleva.
  Así del leño de la cruz prendidas
tiemblan, pobres, las almas al hostigo
del cierzo de la sima tenebrosa,
que lleva en vilo su temblor sonoro,
cual *miserere* de las secas hojas,

sollozos de pasión que en sí no cabe.
Forman las almas el follaje prieto
del árbol de la cruz, por él unidas
en hermandad de amor, y se estremecen
en corro a la cabeza coronada
por la melena, negra cual la noche,
del blanco Nazareno; y cuando, al cabo,
el cierzo del abismo las arranca
de la copa del árbol misterioso,
van al caer rodando por el pecho
blanco del Cristo, y a su pie se pierden
en el río de sangre que las lleva
de la vida eternal al mar sin fondo.
  Río de sangre que al fulgor de luna,
del corazón del Cristo, por el lecho
de este valle de lágrimas se lleva,
crujiendo en remolino congojoso,
rebaños de almas, ahornagadas hojas.
Y esa tu sangre zapa los cimientos
del baluarte de aquella archienemiga
de la humana familia, y que es la madre
del hastío y la desesperación.

XXXII

EUCARISTIA

Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
Amós, VIII, 11 hambre de la Palabra creadora
Juan, I, 14. que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,
¡oh, Cordero de Dios!, manjar Te quiere;
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua:
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,

carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
«¡Venid, comed, tomad: este es mi cuerpo!»
¡Carne de Dios, verbo encarnado, encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti!

Lucas, XXII, 19; I Corintios, XI, 24.

XXXIII

B A R C O

Sólo la cruz respaldo, el tronco errante
donde sujeto vas, el árbol muerto,
sin raíces, sin hojas y sin fruto,
armadía al azar de los abismos
de la tierra y del cielo inacabables,
santo madero en que navega el alma
tendida entre las dos eternidades.
Al mar dormido de la luz — tinieblas —

su recia cabecera sacudiendo
como la cuña de una proa, espuma
de rastro esplendoroso — estrellas — alza,
y rómpense las olas en sus brazos
donde las almas sollozando penas
van a abrigarse. Y se despliega enorme
sobre ella el otro mar, el mar del cielo,
negro y también sin fondo y sin orillas,
y allá donde se besan ambos mares,
donde descansa cuanto vive : ¡el Sol!

XXXIV

ENJULLO

Tu cruz es el enjullo a que se arrolla
la tela humana del dolor, tejida
en la urdimbre divina con la trama
de nuestras tristes razas que las lizas
y premedoras del destino rigen.

Y esa tela vestido es de la idea
de las ideas, del divino Verbo,
revelación de Dios que se conoce
dándose a conocer. El pensamiento
de Dios es nuestra historia, que se arrolla
sobre el enjullo de tu cruz, ¡oh Cristo!,
y según ésta gira, lanzaderas
al vaivén de la vida, los estambres
de la canilla — el alma — entretejemos
de tu manto en el paño sin confín.

XXXV

ESCALA

Génesis, XXVIII, 12, etcétera.

La escala de Jacob, cuando dormido
en Harán — una piedra cabecera —,
soñó, donde subían y bajaban
los ángeles, era tu cruz; sobre ella
voz de tu Dios nos dice: «¡Soy contigo!

¡Te guardaré y te llevaré a tu patria!»
Que es tu cruz gradería de la gloria
y es la firme palanca con que el hombre
Marc, XI, 23 si tiene fe traslada el universo
de las montañas todas, y es el punto
de apoyo el corazón, si diamantino
del amor en el horno cristaliza.
Lucas, III, 17 Y es un bieldo tu cruz; con ello aventas
tu cosecha y el trigo va a la troje
y la paja se lleva el viento al fuego
que depura la broza sin cesar.

XXXVI

SERPIENTE

Números XXI, 6-9; Deuteronomio, VIII, 15 Si a la serpiente de metal erguida,
camino del desierto en la bandera,
los que mordidos por ardientes sierpes
y escorpiones mirándola sanaban;

curas, serpiente blanca, a quien te mire
con ojos de pasión, que el duelo humano
recogistes entero. La serpiente
primitiva, el dragón que resistiendo
servir a Dios, rastrero se enroscara
al árbol de la ciencia, a nuestros padres
tentó, trayendo perdición al mundo.
Y Tú, blanco Dragón de nuestra cura,
del Árbol de la Muerte suspendido
todo el veneno del dolor recoges.
Que es terrible tu amor, Dragón de fuego,
de quien las aguas de la vida manan.
¡Con su destral la muerte leñadora
nuestro árbol de la ciencia descuajando,
talló tu cruz, como quien talla un potro,
y en ella fué a morir estrangulada
entre tus brazos, rígidos de amor!

Apocalipsis, XII, 9; Génesis, II, 1.

XXXVII

LOS CLAVOS. — EL ARTE

Tus clavos son las llaves que nos abren
de la muerte — la vida — los cerrojos.
Son los cuatro colmillos de la Muerte
Génesis, IV, 22. que forjó Tubalcain el cainita
con el arte inventado en la mazorca
primitiva de hogares estadizos
Génesis, IV, 17. que alzó en tierra, empastándolo con sangre
— cimiento — el hijo de hombre que primero
cortó a hermano el respiro — ¡y fué la guerra! —
de que el arte surgió que con tus manos
santificaste, ¡Maestro carpintero!
Lucas, II, 51. Callosas ellas en tus mocedades
de oscuro trance manejaron clavos
cuando sudaste sobre la madera
— de esa tu cruz, cama de boda, agüero —

a diario ganándote el mendrugo
del pan que nos enseñas a ganárnoslo
cada día pidiéndolo a tu Padre.
El arte que del árbol de la ciencia
del bien y el mal, tomándolo entregara
de Caín a la diestra Adán, su padre,
tus manos rescataron. Y esas manos,
abiertas siempre, al fin la industria humana
clavó a la cruz, al trabajado leño
con el sudor del hombre consagrado.
Porque es tu cruz también obra del arte
que sobrepuja a la naturaleza.
Gén., IV, 2. Caín, el labrador, a su linaje
legó el ingenio, hermano del arrojo
de criminal envidia — es arte el crimen —
civil, y Tú, Señor, lo sublimaste,
¡Tú, con tus manos levantando al cielo
el fruto desastrado del saber!

XXXVIII

CIERVO

Herido por nosotros como ciervo
que a morir corre al matorral nativo,
Te escapaste a la cima del calvario
moribundo de sed por la sangría,
cruzando por las calles de amargura,
de tu amor al celeste abrevadero,
Juan, XIX, 28. y «¡Tengo sed!», gemías. Y nosotros,
tus hermanos y crueles cazadores,
muertos de sed, también, tras de la fuente
de tu vino marchamos por las huellas
de sangre de esta vida de amargura.
Tenemos sed de la blancura eterna
de ese tu corazón, abrevadero
de agua de vida que jamás se agota.
Juan, II. Que si en las bodas de Caná cambiaste

en vino el agua, en el martirio cruento
de tu pasión volviste al rojo vino
Juan, IV. en agua viva de Sicar, que apaga
para siempre la sed. Diste tu sangre,
de amoroso talante, a trueque místico,
a nuestras almas, las samaritanas
de seis maridos, locas concubinas
del saber que nos hincha y no conforta.
¡Y el corazón asendereado a tuertas
por los senderos del mundano siglo,
topa, por fin, con el brocal del pozo
de tus entrañas, su cobijo, y tiéndese
de tu boca al amparo a revivir!

XXXIX

SILENCIO

Luce en la majestad de tu tormento
la luz del abandono sin reserva;

Mateo, XXVI, 39.

resignación, que es libertá absoluta,
y el «¡Hágase tu voluntad!», reviste
con velo esplendoroso tu martirio.
Silencio, desnudez, quietud y noche
Te revisten, Jesús, como los ángeles
de tu muerte; se calla Dios desnudo
y quieto en su tiniebla. ¡De tu Padre
dentro el silencio fiel tan sólo se oye;
de tu amor el arrullo que nos llama
con brizador susurro a nuestro nido,
puesto en tus brazos sobre las tinieblas
por las que rompe de la vida el sol!

SEGUNDA PARTE

I

SOLEDAD

ABANDONADO de tu Dios y Padre, [tu,
que con sus manos recogió tu espiri-
Te alzas en ese trono congojoso
de soledad, sobre la escueta cumbre
del teso de la calavera, encima
del bosque de almas muertas que esperaban
tu muerte, que es su vida. ¡Duro trono
de soledad! Tú, solo, abandonado
de Dios y de los hombres y los ángeles,
eslabón entre cielo y tierra, mueres,
¡oh León de Judá, Rey del desierto
y de la soledad! Las soledades
hinches del alma, y haces de los hombres

solitarios un hombre; Tú nos juntas,
y a tu soplo las almas van rodando
en una misma ola. Pues moriste,
Juan, XI, 52. Cristo Jesús, para juntar en uno
a los hijos de Dios que andan dispersos,
solo un rebaño bajo de un pastor.

II

Se consumó.
Marcos, XV, 37; Juan, XIX, 3.

Se consumó!», gritaste con rugido
Apocalipsis, XIV, 2. Ecequiel, I, 24. cual de mil cataratas, voz de trueno
como la de un ejército en combate
—Tú a muerte con la muerte—; y tu alarido,
de Alejandría espiritual, la nueva
Josué, VI. soberbia Jericó de los paganos,
la de palmeras del saber helénico,
derrocó las murallas, y de Roma
las poternas te abrió. Siguióse místico

silencio sin linderos, cual si el aire
contigo hubiese muerto, y nueva música
surgió, sin son terreno, en las entrañas
del cielo aborrascado por el luto
de tu pasión. Y del madero triste
de tu cruz en el arpa, como cuerdas
con tendones y músculos tendidos
al tormento, tus miembros exhalaban,
al toque del amor — amor sin freno —,
la canción triunfadora de la vida.
¡Se consumó! ¡Por fin, murió la Muerte!
Solo quedaste con tu Padre — solo
de cara a Ti —, mezclasteis las miradas
— del cielo y de tus ojos los azules —,
y al sollozar la inmensidad, su pecho,
tembló el mar sin orillas y sin fondo
del Espíritu, y Dios sintiéndose hombre,
gustó la muerte, soledad divina.
Quiso sentir lo que es morir tu Padre,
y sin la Creación vióse un momento
cuando doblando tu cabeza diste
al resuello de Dios tu aliento humano.
¡A tu postrer gemido respondía
sólo a lo lejos el piadoso mar!

III

EL MAR

El mar, trémulo espejo de los ojos
del Señor, primer cuna de la vida;
el mar, desnudo siempre y jadeante
— sobre su frente azul, sin surco humano,
reciente aún de Dios el primer beso —,
tañendo en blancas lenguas en los bordes
con que el Carmelo Palestina alfombra,
brizó tu último sueño con su cántico
— pregunta eterna sin respuesta —, el mismo
con que primero a Adán, cuando soñara
su carne heñida en flor y al despertarse
le sonreía la mujer desnuda.

Plañía el mar tu muerte plañidero,
desgranando sus olas sollozante,
mientras tu pecho, de piedad océano,

quedo cual tierra se quedó. Pedía
tu cruz, en que poder llevar al hombre
allende nuestras dos columnas de Hércules,
a donde desde el cielo le esperaba
la Cruz del Sur, y de tu madre al cuello
con el collar de perlas de tu sangre
ciñéndola en redondo colocarla.
«¿Por qué?», rugía el mar; hasta que viendo
a tu Padre poner sobre los cielos
— su cabeza — la cruz y en ella al hombre,
razón de lo creado, fué aplacándose,
cual del pastor que le acaricia y nutre
bajo la mano próvida el mastín.

Mateo, VIII, 26.

IV

FUEGO

Fuego viniste a echar sobre la tierra,
fuego Tú mismo, blanca luz que llueve.

Lucas, XII. 49.

Miguel de Unamuno

Hechos, II, 3.

Lenguas de fuego sobre tus apóstoles
bajaron — Tú en la gloria —, y eran lenguas
de la Palabra, hecha Hombre en el cimborrio
de los cielos; del cuerpo luminoso
que de pez se mantiene, hijo del agua
de mudo pez de los abismos frío,
que bajo las galernas pone el nido.

Lucas, XXIV, 23.

Fuego eres Tú, que al cielo sube siempre
buscando al Sol, su Padre, hogar eterno;
fuego que enciende nuestra sangre y quema
del pecado la pulpa, la del fruto
del árbol de la ciencia, pues tu sangre,
Serafín del Dolor, en la cruz fuego;
que eres el Serafín, el ascua viva
de amor, del árbol de la cruz la rosa.

Isaías, VI, 2-4.

Dos alas negras tu cabeza envuelven;
un par de alas tus pies que se cernieron
del Tabor en la cumbre y del Calvario,
y vuelas a tu Padre con tus brazos,
alas de fuego, hendiendo las tinieblas.
¡Y de tu cruz los quicios se estremecen,
de tu volada al místico rumor!

V

Lucas, XXIII, 46.

Salmo XXX, 6.

Mi espíritu en tus manos encomiendo!»,
le dijiste a tu Padre, ante quien tiemblan
las aguas, y tembló la tierra toda
de parto en agonía. Y era el alma
de larga espera, la de Adán, Encélado
que al sentir en sus huesos de tu sangre
calarle el riego, sacudió la capa
del barro materna! que le cubriera.
Por su boca enfusóle Dios el alma,
y le entregaste tu postrer aliento
por tu boca, Jesús, eterna fuente
que canta en la espesura de la selva.
«¡Mi espíritu en tus manos encomiendo!»
De tu Padre en las manos invisibles,
cimientos y techumbres del abismo,

manos que nos hicieron a tu imagen,
¡recostaste en sus manos hacedoras
tu espíritu al rendirse de dolor!

VI

ALMA Y CUERPO

Enamorada de su cuerpo tu alma,
y por nupcial amor unimismados,
no como a cárcel al morir dejóla,
con el suspiro de quien queda libre,
sino como a un hogar en que se ansía
dejarse vivir siempre en la costumbre
que es la dicha. De raíz insondable
fué el sollozo postrero, la rotura
de la carne vencida y del espíritu
que se hizo carne. Se siguió el silencio.
Y al callar todo con silencio íntimo,
quedó en tinieblas todo; luz es música,

y ¡ay del que ver creyendo no oye! Tu alma
sobre tinieblas frías recostada,
de la agonía descansando, mira
su compañero cuerpo, al que ha dejado
de la cruz en las garras, de los clavos
pendiente, y al mirarlo se entristece
de amor más vivo que la vida. ¿Cómo
sin él podrá tomar el Sol? ¿La lumbre
dónde prender podrá? ¿Dónde la mano
del Padre eterno encontrará asidero
para apuñarlo? Y al temor oscuro
de, sin vaso, fundirse en las tinieblas
y perderse cual viento libre, ansía
recogerse en su cuenca — carne y huesos —,
añora de su cuerpo la hermosura,
buscando ella, infinita, deslindarse;
las lindes quiere de su coto; ¡quiere
dentro de él abarcándose vivir!

VII

Lucas, XXIII, 49.

Juan, XI.

Con aquellos sus ojos que probaron
las tinieblas del seno de la tierra,
tu amigo Lázaro, el de Betanía,
pálido repatriado de la tumba,
que vivía en dos mundos, Te miraba
muerto en la cruz, y al recordar su muerte
lloraba recordando le lloraste.
Con sus vírgenes ojos en Ti fijos
tu madre te bebía la blancura,
y toda tu pasión se trasegaba
desde tu quieto corazón al suyo
crucificado en infinita pena.
Con aguileños ojos contemplaba
tu cuerpo Juan, y tras de Ti veía
el sol de las edades y los pueblos,

el hito eterno de la historia. Al verte
sin vida ya, Tomás se resistía
dar a sus ojos fe, y con su mano
quiso tocar la nieve de la muerte
de tu cuerpo. Miraba al triste piso
Pedro desencantado, y de sus ojos
un venero de lágrimas cayendo
iba a bañar la sangre que dejaste
por huella en el Calvario. Nicodemo,
vergonzante discípulo de noche,
desde lejos tu cruz miraba absorto,
sintiendo renacérsele en el pecho
de nuevo el corazón. La Magdalena
sólo una sola nube tras las lágrimas
veía de sus ojos : todo envuelto
tras negra noche. Con furor Santiago
mirando a la ciudad cerraba el puño,
fruncido el ceño. Esteban, tierno mozo,
el de angélico rostro, recogía
con piedad, cual reliquias, los guijarros
con señal de tu sangre. Y entre tanto,
allá en su Tarso, Saulo, el fariseo,
al borde del mar jónico, sus ojos
flacos hincaba con afán inquieto

Lucas, XXII, 62.

Juan, III, 2.

Hechos, VI, 15.

Hec., IX, 8-9, 13; Gáls., IV, 13; VI, 11; Tesaloricenses, II, 19.

sobre los rollos de la ciencia helénica,
Hechos, IV, 12. para ser tu Mercurio entre las gentes.
Y a lo lejos, perdido en las tinieblas,
el germen de Atanasio contemplando
la luminosa oscuridad y viendo
creado al Creador, la acción paciente,
la infinitud finita, y humanado
Dios para hacernos dioses a los hombres.
Desde el cielo cayó sobre tu frente
una gota de sangre desprendida
del corvo pico de un ahito buitre
que venía del Cáucaso, y tu sangre
con la de Prometeo se mezcló.

VIII

MIGUEL

Daniel, X, 13; Apocalipsis, XII, 7; etc. Con alas tenebrosas las tinieblas
los buitres infernales percudían

del cadáver al husmo, y sus chillidos
rasgaban el silencio; mas flamígera
la espada de Miguel, la que la puerta
guardó del paraíso, derramando
rayos hacía escudo en torno tuyo,
a esos demonios espantando. Lívido,
y sus sierras de dientes por la envidia
castañeteando con furor inválido,
tentador Satanás, que es el caótico
Archidragón, espurriando baba
y bufando blasfemias y mentiras
contra Ti, la razón que el caos derrite,
de tu sangre a las raíces aterrábase;
¡y Tú, el Hombre a Dios enarbolado,
con el pie de tu cruz el cerviguillo,
le quebrantabas siempre triunfador!

Génesis, III, 15.

IX

Al ocaso del día en que moriste
se acostó el sol en nubes de sangría,
en nubes agoreras que anunciaban
el tormentoso anhelo de los hombres.

La pobre codorniz presa en la jaula,
a la que vino desde el mar traída,
salta buscando libertad y vuelo
sobre los trigos, y en sus vanos saltos
de su prisión el techo con la sangre
de su cabeza sella, y a las veces
sucumbe así, de sus anhelos mártir.

Números, XI, 31.

¿No es acaso esa sangre del poniente
señal del pensamiento dolorido
de la pobre alma humana, que con saltos
de loco escudriñar quiso la bóveda
del cielo azul romper y ver los ojos
de Aquel que a dar tu sangre así Te enviara

como remedio de esa sangre trágica?
Ciegan, crueles, al condor de los Andes,
lo sueltan, y el ceñudo soberano
de las crestas, creyéndose en el fondo
de barranca sin luz, levanta el vuelo,
derecho, a plomo, así como guardando
sus alas de los tormos de las rocas;
va buscando la luz sin ojos, sube,
no la encuentra ¡cuitado! y va subiendo,
y llega a las alturas en que el aire
para el vuelo y el huelgo se adelgaza;
no logra respirar, sigue buscando
la luz de vida con sus cuencas ciegas;
pliega sobre su pecho que revienta
su corvo pico y se desploma muerto.
Así del hombre el insaciable espíritu
tras de la luz se alzó hasta las alturas
donde no hay aire para el huelgo y vuelo
saber buscando a trueque del ahogo;
pero bajaste Tú, luz de la gloria,
la vida que era luz para los hombres,
luz que en lo oscuro brilla iluminando,
a todo hermano tuyo que a este mundo
a respirar el graso aire del valle

mejido con la boira de las lágrimas
y del sudor penitencial se viene.
Con tu muerte trajiste Dios al suelo.
y la luz verdadera has enterrado;
con ella nos bañaste las entrañas;
de tu sangre, que es luz, has hecho sangre
de nuestras almas, dando vista al ciego.
Dios antes nos cegó para traernos
como a Saulo, camino de Damasco,
a morir a tus pies, y con tu muerte
darnos la luz a cuya busca errábamos
por las alturas del mortal saber.

Hechos, IX, 8.

X

TORMENTA

NEGRO está el cielo, negro tormentoso
— puso el abismo Dios sobre la tierra —;
y el corazón, como la tierra seco,

Ecequiel, XXVI, 19.

de sed transido, alegróse husmeando
diluvios que le calen; no le arredra
que arrasen chaparrones los follajes,
que en mangas de agua se desplome el cielo;
Génesis, VII, 11. que estalladas las fuentes del abismo,
y abiertas las ventanas de la altura,
se hinchen las aguas sobre las montañas;
que torrentes de fango repentinos
arrastren pobres reses agarradas,
o descuajados árboles; a barro,
no a polvo, quiere el corazón se huela,
y que el Señor resida en el diluvio.
Las cascadas del negro cielo barren
tu cuerpo y nos le limpian de su sangre,
y el corazón se empapa con el agua
lustral de la galerna de tu muerte.
Cuando de sed morimos, danos, Cristo,
vendaval de aguas negras que nos calen
el tuétano del alma; cataratas
que el rostro nos azoten; mas no muera
de sed el corazón aunque lo arrase
la tormenta : le ha de arrancar a túrdigas
la costra de la podre del pecado,
dejándole desnudo, en roca viva.

Tal es su sed, anhelo de encontrarse
desnudo, en viva roca, cara a cara
del sol desnudo, y por el agua pena
que del manto de tierra le despoje.
Salmo, LXXVI, 20. Y están tus sendas en las muchas aguas,
Padre de Cristo; el mar es tu camino.
¡Roca de mar el corazón nos vuelve,
desnuda roca que las olas batan,
y escaldes y deslumbres desde el cielo
con tus desenvainados rayos, Sol!

XI

DESNUDEZ

Con velo de mantillas te mostraste
al nacer, Tú, la vida, a los pastores,
rendido sobre el tronco del pesebre
Lucas, II, 14 cuando sonó el ejército del cielo
gloria y paz; mas ahora, ya desnudo

y sobre el tronco de la cruz, deslumbras
al Sol, que su fulgor ante Ti apaga,
Luna de Dios, y a tu mudez responde
Juan, I, 4. la del orbe. Porque eres Tú la vida
para los hombres luz, y así al morirte
se quedaron a oscuras; mas tu muerte
fué oscuridad de incendio, fué tiniebla
de amor abrasadora, en que latía
de la resurrección la luz. Corona
tu desencarnación y cumplimiento
de la obediencia que encarnarte hiciera.
Lucas, I, 38 «Yo soy la esclava del Señor — tu madre
dijo sumisa —, según tu palabra
de que se haga en mí»; y a su obediencia el Padre
rendido, la Palabra que es la Vida
hizo alumbrar en cuerpo a los vivientes
y le envolvió de carne en los pañales.
Y al ir a muerte esa Palabra dijo:
Lucas, XXII, 42. «¡Se haga tu voluntad, y no la mía!»;
y al desnudarte, Luna del espíritu,
la oscuridad eterna quedó en cueros.
I Pedro, II, 2 Es tu cuerpo desnudo la Palabra,
la leche racional y sin engaño;
pues que no le hay en el desnudo cuerpo.

Génesis, II, 25; III, 10

No Te avergüenzas Tú de presentarte
en carne ante tu Padre. Adán de susto
se huyó de ante el Señor cuando se viera
frente a su cara en cueros. Fué la ciencia
de su desnudo el vengador espejo.

Gén., III, 7.

Cuando el pecado les abrió los ojos,
desnudos conociéndose, zurcieron
con hojas de la higuera delantales.
Dónde meter su miedo Adán no supo
Dios al llamarle : «¡Adán!»; pero nosotros
sabemos ya esconderlo en buen seguro
tras tu inocente desnudez. Nos limpia

Romanos, VII, 23-24

su resplandor la mancha del pecado,
que a su blancor se borra. Ya desnudo
vuelves al Padre como de Él saliste;
por la ley del espíritu tus miembros
se rigen, y tu cuerpo sin mancilla

Mateo, XXVII, 35.

lo es de vida. Dejas que se repartan
guerreros tus vestidos, que a ese leño
te han sujetado : vestirán tus ropas,
mas no tu desnudez, que es la que salva.
Y como flor de desnudez corona
tu cabeza la henchida cabellera
de nazareno, ¡tu blasón! Revista

II Corintios, V, 4.

tu desnudez, Señor, sobrevestido
de nuestra muerte, y que la vida lleve
lo que en nosotros es aún mortal!

XII

BALANZA

Tu Padre, con sus manos tenebrosas
bajo las tuyas, que la sangre alumbra,
tiene a tu cruz la inmensidad cubriendo,
Isaías, XL, 12 como balanza de pesar estrellas.
Da libertad tu diestra ya enclavada,
y a la igualdad nos citas con la mano
del corazón, que te igualó a nosotros
— siendo las dos un mismo travesaño —;
y entre ambos brazos de la cruz al cielo,
como retoño, de tu pecho sube
de la fraternidad la fuerte viga,
de tu lecho de muerte cabecera

y sostén de la gloria. Y es un trébol
lo copa de tu cruz, que en lozanía
trasunta al triple Dios. El infinito
sostienes Tú, y del linaje humano
la unidad: por tu cuerpo hermanos somos
y de tu padre hijos. Brilla el pliego
donde astuto Pilatos pretendiera
de tu realeza atestiguar el rango
sobre la cabecera de tu féretro.
Juan, VI, 15 Te hizo la muerte rey, a Ti, que huíste
de serlo proclamado por las turbas
cuando saciaste su hambre con tu don.

XIII

REY

Juan, VI, 15 CUANDO después de haberles aumentado
los peces y los panes te querían
proclamar rey las turbas, te esquivaste

Juan, XVIII, 36.

a la montaña solo, pues tu reino
no estaba en este mundo; mas la Muerte
te hizo Rey de la Vida. Tu anatema
con triple lengua : *Jesús Nazareno,*
de los judíos rey, sobre tu solio,
de pasión dícenos. De soledades
blanco Rey solitario, rey desnudo,
por la gracia de Dios y de la muerte :
que es tu trono la cruz, y tu corona
cerco de espinas es que te recoge
la negra cabellera y a tu frente
le arranca sangre de sellar tus párpados.
De la zarza que ardía en el desierto
de Horeb, monte de Dios, sin consumirse,
se tejió esa corona de realeza
que irradia en torno de tu tenebrosa
cabellera de noche como un nimbo
de las centellas, hijas de la sombra
de tu dolor, que es pensamiento vivo.
  Doblas tu frente al peso de la sombra
del humano destino; tu diadema
de espinas son proféticas visiones
de cómo han de vestirse tus doctrinas,
por las que te han de hacer rey de este mundo.

Esas gotas de sangre de tu frente
son gotas del sudor del pensamiento
que se ve de antemano trastrocado,
gotas de la más íntima pasión.

XIV

DEL SINAÍ AL CALVARIO

El temor del Señor, de las tinieblas
arranque es del saber; mas la confianza
en Ti, Jesús, luz de la vida, es colmo
de ese saber. En la ceñuda cumbre
del rocoso Siná, tu Padre envuelto
tras negra nube, erizo de relámpagos
— cual horno el monte humeaba estremeciéndose —
«¡Soy el que soy!», tronaba al pueblo al darle
las tablas de la ley que hace el pecado.
Mas Tú en la cumbre del Calvario humilde,

Éxodo, XIX, 16-18.

Romanos, III, 20.

mansa colina de dolor y sangre,
barriga de tu patria, que preñada
de insondable pesar, la cruz pariera;
desnudo, al sol, sin nubes y en silencio
dándonos gracia que redime, dices :
Juan, XV, 5. «¡Yo soy la vid, vosotros los sarmientos!»
La muerte apacentando y el cariño
con la sagrada humanidá abrevando
como río de leche la paz dulce
van entrando en los abismos de nuestra alma.
Ya no tememos al Señor, tu Padre,
el Calvario de amor cual sol percude
del Sinaí las nubes y nos muestra
la sonrisa del cielo, que es el nido
donde nuestra esperanza irá a parar.

TERCERA PARTE

I

EL RÓTULO

Juan, XIX, 22.

«Lo escrito, escrito está!», dijo Pilatos
cuando el cartel sobre Tu frente puso.
Y hablas, Tú, la Palabra, con tu muerte
sin ruido de aire, en el silencio negro,
y dices la blancura de tu vida
de luz que nunca acaba. Cae tu lumbre
silenciosa en nosotros, copo a copo,
como la nieve blanca que se posa
sobre la yerba verde; cae tu sangre
gota a gota en nosotros; no se escurre,
y empapa el alma. Como yerba, humildes,
tu nevada de luz, las manos quedas,
queda la mente, el corazón latiendo,

cual la nevada blanco y silencioso
te recibamos. De tu luz los rayos,
aun dormidos taládrannos los párpados,
los rayos de tu luz, y alumbran sueños.
La luz que te rodea es el espíritu
que fluye de tu Padre, el Sol eterno,
las tinieblas rompiendo, y a nosotros
de Ti, su luna en nuestra noche triste.
Génesis, I, 2 Espíritu de Dios que se movía
sobre el abismo de aguas tenebrosas
cuando mandó Quien es : «¡Hágase lumbre!»;
y del seno brotó de las tinieblas
II Corintios, IV, 6. el Espíritu-Luz, que de tu rostro
nos trae al corazón vivo trasunto
del Mismo a cuya imagen se nos hizo
y a cuya imagen, Tú, le hiciste lumbre.
Y esa luz es amor y ella nos funde;
nos funde y meje de tu iglesia eterna
la humanidad divina, en las entrañas.
Viste la luz tu desnudez, diamante
Génesis, I, 7 de las aguas de encima de los cielos;
¡al tocar en tu cuerpo las tinieblas
se escarchan en blancor de viva luz!

II

CORONA

Como en el cielo de la noche el trecho
del áureo camino de Santiago
— polvo de estrellas —, va sobre tu frente
la corona de espinas irradiante
de luz. Nuestros pecados son las púas
que hacen brillar la sombra de azabache
de tu cabeza en nimbo. Sacan chispas
de sol nuestros pecados en las sienes
del Verbo, del troquel de nuestras almas,
carne que oye, que ve, que toca y siente.
Lucas, II, 9. Cerca de resplandor a nuestras almas
de Dios la gloria que en el seto brilla
de tu diadema, que es el solo arreo
con que te tocas, y aunque amedrentándose
préndanse de él. De tu corona aguda

te iban los peregrinos arrejaques
surcadores del cielo, las espinas
quitándote piadosos, y en su pago
los hiciste inmortales a los ojos
del pobre pueblo fiel, a quien le pían
la eterna mocedad en primavera,
del recuerdo de abuelos sonsacándole
rica esperanza de remotos nietos.
Y la fruta del árbol de la ciencia
del bien y el mal, la que ha de hacernos dioses,
su rojo jugo da entre esas espinas.
¡Oh, feliz culpa, de la ciencia madre
— la ciencia no es sino remordimiento —,
fuente de redención, culpa fecunda,
tú hiciste el Verbo carne, esto es: conciencia,
carne que toca y siente, que oye y ve!

III

CABEZA

E inclinando la cabeza...
Juan, XIX, 30.

Sobre tu pecho la cabeza doblas
cual sobre el tallo una azucena ajada
por el sol; dobla tu frente ebúrnea
de la ciencia del mal la pesadumbre.
Isaías, LIII. Tu rostro como oculto y despreciado
con la vergüenza del común linaje.
Lucas, XXII, 45. Dormido de dolor sufres del mundo
todo el pesar. El mal que obran los hombres
sólo Tú en sus raíces lo conoces,
y a Ti te pesa, pues que te lo apropias
con tu visión de su más honda peste
— pues se hace el alma aquello que conoce —.
Con tu visión de amor a cuyo atisbo

nada se escapa, envuelves al pecado,
y al perdonar al hombre de su culpa
no te perdonas a Ti mismo, el único
hijo del Hombre de pecado libre,
mas el único, Tú, que lo comprende.
Y así tomaste sobre Ti el pecado,
del bien y el mal la triste ciencia amarga,
la que te hace ser dios siendo al par hombre,
II Corintios, V, 21. pues te has hecho pecado por nosotros,
y el cielo pueblas de almas que le arrancas
al mundo, de energías al ladrón.

IV

MELENA

Sobre tus hombros cae como cascada
de vida desbordante tu melena
virgen de nazareno, esa gavilla
Jue., XVI,17; Núms., VI,5; Cans., V, 11. morena de opulencia, a la que nunca

tocó navaja. Fuiste desde el vientre
de tu Madre, a tu Padre consagrado,
nuevo Sansón, y es de tu fuerza símbolo
ese apretado haz de tus cabellos
como tus fieles que en mechones vivos
se apoyan en tu pecho. De la cumbre
del Tabor libres brisas los mecieron,
y en madurez del fruto de la palma
los tostaron los soles peregrinos
por entre el rubio polvo de Judea.
En el Jordán sobre ellos de las manos
de Juan el agua al sol batida, clara,
corrió como hoy tu sangre. Cual el verde
blando follaje que del sauce cuelga
sobre el terso cristal de la laguna
donde se espeja inmaculado el cielo,
sobre tu blanco pecho sin respiro
donde se dobla la quietud divina
del solar de tu Padre, tus cabellos
colgando están de la abatida frente.
  Cernían las quejumbres que a tus oídos
los hijos de la tierra disparaban,
y tañían los ángeles en ellos
recuerdos de los seis primeros días

en que, por Ti, tu Padre creó el mundo
Juan, I, 3. — y lo creó contigo, la Palabra —,
mientras Tú de camino ibas fraguando
sueños del cielo. Solo entre los hombres
conocías igual que el justo número
de las estrellas el de tus cabellos,
y ni uno fué a volar libre en el cielo
Lucas, XII,7 sin que Tú lo supieras. Nadie sabe
sino Tú del amor todo el empuje.
Libres al aire libre recogían
las perlas del rocío de alborada
sobre que el sol hizo brillar chispazos
Génesis, IX, 13. del arco celestial de la promesa.
Ellos fueron tu almohada en los caminos
al recostar sobre la tierra dura
Mateo, VIII, 20; Lucas, IX, 58. tu cabeza; las zorras madriguera,
nido las aves tienen, mas no albergue
tuviste Tú, divino pordiosero.
II Corintios, VIII, 9. Pobre te hiciste, por nosotros, ricos
con tu pobreza. Al aire tus cabellos,
de tu indigencia y tu poder corona.
Marcos, XIV, 3. Sobre ellos derramó María el bálsamo
de nardo oliendo a amor, y así le ungía
Lucas, X, 42 para el sepulcro, pues María sabe

tomar la buena parte y que la eterna
dicha en tenerte a Ti sólo consiste.
Y cual zarcillos de la vid prendiéndole
del corazón, tras de su cruz de pena
la arrebataron. Y por ellos, garba
de luto, resbalaron por el huerto
del olivar los densos goterones
del sudor de la angustia del espíritu,
y cayendo a la tierra dolorida
mezcláronse al sudor con que en castigo
Adán mojara el pan de su trabajo.

Ellos, bajando en apretados rizos,
negros como el abismo de los cielos
en las cerradas noches misteriosas,
rozaron como brisa de ultramundo
Juan, XIII, 23. de Juan la frente, cuando recostaba
su cabeza en tu seno al despedirte
la noche de la cena; allí sembraste
las visiones de Patmos, la doctrina
de la Palabra que se encarna en hombre.

Y ahora abrazando al templo de la muerte
con tus dos brazos a la cruz clavados
lo derrumbas a tierra, y sus sillares
Jueces, XVI, 28-30. vida al darnos la muerte nos darán.

V

FRENTE

Tu frente es el hastial de la basílica
que es tu cuerpo, y al sol de los caminos
se atezó; frente al cielo y las montañas
empolló tus celestes pensamientos,
que brotaban cual flores de los campos
— clavelinas, magarzas, amapolas... —,
en primavera nueva nuevas flores;
y no perlas — guijarros relucientes —
recias y escuetas que una vez talladas
engarza en aderezo el lapidario.
Paradojas, parábolas y apólogos
florecían lozanos de tu boca;
no silogismos, no pedruscos lógicos
al cuello de la muerte cual collar.

VI

ROSTRO

Mateo, XXVI, 39.

Ese tu rostro, espejo de la gloria,
cayó sobre la tierra, y la besaste,
madre, por despedida en tanto el beso
de tu Padre envolvíate la angustia
del oprimido pecho. Y de la tierra
tu sudor enjugó el polvo besándolo,
con ansia de abrevar a los olivos
que oían tus sollozos. Su follaje
temblaba sobre Ti, junto a las alas
del Ángel del Dolor. Y tú pedías
que te apartara el cáliz de la pena.

Lucas, XXII, 42, 44

Mas no, mi Adán, que con sudor de sangre
regando nuestra tierra, has de ganarnos
el pan de nuestra vida. Confortándote
buscabas cobrar bríos en la lucha

con el sufrir, al toque de la tierra,
granero de dolores. Te faltaba
para hacerte más dios pasar congojas
de tormento de muerte. Así besaste
de corazones que en amor latieron
antaño la ceniza. Así besaste
Juan, IX, 6. el polvo que mejido a tu saliva
dió vista al ciego. Por la tierra vemos
— yeldada por el jugo de tu lengua —,
con la que hablara el Verbo; por el barro
de que nos hizo Dios, y por la tierra,
viste el abismo de nuestra desgracia.
Con tierra, por tu Verbo hecha divina,
veremos los misterios de ultratumba,
Salmo, XII, 1; XXVI, 9; XLIII, 24. los ojos restregándonos. No escondas
de nosotros tu rostro, que es volvernos,
chispas fatuas, a la nada matriz.

VII

OJOS

Esperando a tu Padre se velaron
tus dos luceros de mirar, tus ojos
Cantares, I, 15. como palomas cándidas; no surge
ya de su hondón aquel aquietamiento,
domeñador de torpes apetitos,
que forzaba a doblar mustia la frente
del que acusaba hipócrita a su prójimo,
Lucas, VI, 41 del que viendo la paja en ojo ajeno,
no en el propio la viga, en ti buscaba
—diablo—, no al Redentor, al Juez. Temblando
cual bermejo rocío en tus pestañas,
perlas de fuego se estremecen líquidas,
y atravesando el cierre de los párpados
contemplas con miradas tenebrosas
el verdor de la tierra, que a tus venas

les dió su jugo como brasa rojo,
y escudriñan tus ojos los rincones
Job, VI, 4. de nuestro corazón, donde nos clavas
de tu corona las espinas. Eran
tus ojos, como el cielo azul, azules,
Lucas, XI, 34 las luces de tu cuerpo, que sencillos
y claros te lo hicieron luminoso,
y castos castigaron cuanto vieron;
y sus niñas, más negras que la noche
sin luna y sin estrellas, te brillaban
con el fulgor divino del abismo
de las tinieblas; y ahora el velo blanco
de los caídos párpados, las alas
de esas palomas que volaban siempre
hacia su nido celestial, con sello
de sangre sella tu mirar. Perdonas
Lucas, XXII, 61. sólo mirando. ¡A Pedro le miraste
del gallo al canto, y él lloró su culpa
al ver tus ojos hartos de perdón!

VIII

OREJAS

Ten misericordia de mí y oye mi oración.
Salmo IV, 2.

Salmo, XCII, 9.

VÉLATE la melena las orejas,
cual por misterio que trazó tu Padre.
No estriba nuestra fe en lo que nos dice,
mas si en nos oye. ¿Será el Padre sordo
no siendo mudo? Pues los cielos narran
la gloria del Señor en las alturas,
¿de nuestras bocas no han de oír los ruegos
que suban a ellas? ¿Para qué doliente
plañe en la costa el mar, y canta el pájaro,
si la bóveda azul del sol, oído
de tu Padre, se cierra a nuestras voces
de congoja? Recatas tus orejas

Salmo, XVIII, 2.

de nazareno bajo el velo virgen,
pero ellas nos escuchan. Son dos rosas
que se abren al rocío del lamento
fugaz de nuestra nada; son dos conchas
marinas que recogen los sollozos
de las olas de lágrimas del piélago
de la noche, que oyen la sed y el hambre
de vivir para siempre. ¡La Palabra,
por sólo serlo, no puede ser sorda,
que vive de ellas, y de ruegos Tú!

IX

NARIZ

Y entre esos ojos que se pliegan brilla,
cual un cuchillo, tu nariz; su corte
como raza de luz, de las tinieblas
arrancada. Fué tu postrer respiro
por ella dado, doblegado el pecho,

y cerrada tu boca al dar el grito
supremo de la vida. Con el soplo
Éxodo XV,8 final de tus narices los abismos
cuajaron en el mar. Como la quilla,
la nariz es la que da al rostro humano
su nobleza, basada en derechura,
y el caz por donde llega a nuestros pechos
el aire de los cielos, el más puro
mantenimiento del vivir. Por ella
cribado al sol tomaste el aire libre;
por ella los perfumes magdalénicos,
cual sahumerio de piedad tributo,
del hedor farisaico te libraron.
Y al arrumbarse su cuchilla muestra,
cual fiel de su balanza, la cabeza
doblada al peso muerto de la muerte
y encima de la llaga del amor.

X

MEJILLAS

Juan, XVIII, 22.

Con manos desmandadas te chafaron
de las mejillas el rubor supremo,
marchitándotelas, y de las lágrimas
la sal las escaldó, y como calina
enlutaron ojeras a tus ojos
dolidos de mirar. Pues te angustiaba
recibir bofetones de la cruda
cría de las entrañas de la tierra,
sin labra de cultura, en que la sangre
del sol no ha madurado: cimarrones
desalmados que ignoran lo que se hacen,
y en la loca embriaguez del torpe juego
revolcándose en fango entierran flores,
huyendo de la luz; cepa bravía
sin tu injerto, cultivo de la gracia;

Lucas, XXIII, 34.

vil chusma de sayones a salario.
Fueron las rosas de tu faz juguete
del brutal regodeo de esos faunos
de lobreguez engendro. Se reían
del Hombre escarneciéndole sañudos
con befas. Triste risa que esparciera
los arreboles del bochorno en medio
del engarce del par de tus dos labios
con el par de tus ojos; ¡triste risa
la bestia sobre el hombre al relinchar!

XI

OBEDIENCIA

Con imperiosa sencillez colgando
— la majestad de la obediencia entera —
sin contorsiones y sin crispamientos,
como el pendón de Dios que a la batalla
nos lleva sobre el humo de la pólvora,

en batallón cerrado. Tu postura
lo es de obediencia pura, libre y noble;
no la del siervo Adán cuando a la tierra
dobló su frente y la regó en trabajo,
su libertad vendiéndole al demonio
de precio vil a trueque. En pie, cual hijo
que responde a su padre, libremente,
como tu cruz arrecho, con los brazos
de par en par abiertos, demostrando
ni arma celar ni engaño de tus pechos
en el cristal desnudo. Tú, obediente
— que es obediencia la Razón — cual súbdito
del Amor, te cobraste, y de las garras
de Satán para el hombre rescataste
la libertad, que es de la ley conciencia,
que al conocerla se la da a sí mismo
quien la conoce. Tu cuerpo desnudo
nuestra ley es de libertad divina.
Tú, la razón que está, y no se mueve;
no te mueves, estás; eres el Verbo
colgando como cuelga un estandarte
por entre cielo y tierra, cual plomada,
sin doble de protesta. Porque has muerto
de pie, como hombre, no acostado en tierra

como una bestia; cual columna erguida.

Génesis, IX. Y te alzas cual la torre en que los hombres
han de aprender a hablar un solo idioma :
la lengua del espíritu, que canta
la gloria del Señor, y que se viste
Hechos, II. con la flor de entender de cada pueblo,
y arrimándosenos, madre, al oído
del corazón, nos besa y habla quedo
en nuestras sendas hablas solariegas.
En Ti, Jesús, se hace uno tu linaje,
y todos comulgamos en tu verbo.
Cocieron tierra para alzar la torre
de Babel los librados del diluvio,
mas Tú el cuerpo endureciste al fuego
del amor, que hace de él vivo diamante.
I Reyes, VI, 7. Y al hacerse tu torre no se oía
ruido de arte : tallados sus sillares
bajaron desde el cielo sobre Ti.

XII

CUERPO

Es tu cuerpo el remanso en que se estancan
las luces de los siglos, y en que posan
— ¡eternidad! — las fugitivas horas.
Tu corazón, clepsidra de la vida,
dando su sangre se paró, y hoy cuenta
la eternidad, que es del amor el rato.
El tiempo vuelve sobre Ti en tu seno,
el ayer y el mañana en uno cuájanse,
y el principio y el fin fúndense en uno.
Tu cuerpo, la corona del tejido
regio del Universo, es su modelo;
coto de inmensidad, donde los hombres
la tímida esperanza cobijamos
de no morir del todo. Eres el tronco
del humano linaje; eres la cepa

de que sarmientos son sobre la tierra
los pueblos que trabajan y combaten
sin saberlo buscándote. ¡Tú, el Hombre,
del Universo rey! Bajo del manto
blanco, desnudo y regio, de tus carnes
el armazón de tu osamenta vemos,
del mundo fábrica; de lo creado,
sustento y molde y proporción. ¡La muerte
Juan, XIX, 33-36. tus huesos no desvencijó; sillares
de la torre, cimiento en que se apoya
la morada de Dios, la Creación!
¿No es tu esqueleto el rojo ese encendido
vasto rosario de constelaciones?

XIII

PECHO

De brazo a brazo se abre sin engaño
tu pecho todo, del amor dehesa;

de tu agonía en la tremenda embuelza
el infinito abarcas en las lindes
del camino del sol que no se pone
ni sale nunca. Y es que con tus brazos,
orto y ocaso, cuanto vive tomas,
divino Atlante, y no sobre tus hombros,
sino sobre tu pecho lo encaramas
hasta los cielos. Que es peldaño inmoble
de fortaleza, donde el mundo asiéntase
sobre el umbral de Dios. Sobre tu pecho
la Creación en el Amor se estriba,
de la gloria escabel. Se mantenía,
sin haber Tú nacido, en el vacío
nuestra madre la Tierra, vacilante,
colgando sobre nada; y hoy descansa
sobre el seno del hijo de su seno,
que eres puntal del mundo. Recia fábrica
dentro de este tu pecho, de costillas
viriles como aquellas de que hiñera
tu Padre a la mujer, porque eres, Cristo,
de nuestros huesos, hueso. Y en tu pecho
como de campo a campo entró a sus anchas
el aire que cernieron los olivos,
y el que a la tierra como un manto envuelve

Job, XXVII, 7.

y azul el cielo a nuestros ojos pinta
como regalo. Cual el blanco océano
palpitaba al respiro de la vida;
como el mar blanco al sol, en oleadas
de amor, mientras vivió; y ahora duerme
calma de paz en reposo mortal.

XIV

A I R E

Expiró...
Lucas, XXIII, 46.

Las brisas que hoy sobre las mieses ruedan
enfusándoles sol a nuestros panes,
las que funden las nieves de las cumbres
y en el follaje de la selva mecen
sueños de soledad, y las que entonan
canción de cuna sobre el mar redondo
a la tierra que abrasan con sus olas,

suspiros fueron con tu pecho amante
y de sus faldas tus palabras vivas
rompieron a volar como de un nido.
Tú, la Palabra, sin el aire, muda.
Entraban de rondón en tus pulmones
como en su propio hogar, y recogiendo
el vapor de tu sangre, se lo daban
en rocío a las flores campesinas.
La última oleada de tu pecho rosa
rompió en fría quietud, ¡y se quedaron
sin aire tus pulmones; tu respiro
lo sorbió el de tu Padre : arroyo al mar!

XV

OSAMENTA

Dios, mi roca.
Salmo CXLIV, 1; XVIII, 2.

Génesis, II, 23.

TRAS este velo de tu carne anúnciase
la osamenta, la roca de tu cuerpo,
que es hueso de los huesos de la tierra,

I Corintios, XV, 14.
Salmo XVII, 3; Deuteronomio, XXXII, 4.

que es roca de la roca de tu Madre.
Y si no floreció, muerto, tu roca,
es vana nuestra fe, esta imagen vana,
es infinita vanidad el mundo;
como sombras que posan nuestros días,

Píndaro, Pitia, VIII, 136

y el hombre no es ni sueño de una sombra.
¿Vendrás, Señor, en carne y hueso al cabo
de los días mortales, y al conjuro
de tu voz, como ejército, a la Tierra

Cantares, V, 4; Isaías, XXVI, 19.

la matriz retemblándole, los huesos
de los que duermen en su fuerte polvo
despertarán cantando? Y el rocío
de tu sangre a esos huesos levantados
¿los hará florecer en viva carne
donde vuelva el recuerdo? Que el recuerdo,
Señor, es el espíritu; y dormirse
sobre la almohada del recuerdo es vida
que vale lo que cuesta. Es la memoria
flor de la eternidad; es sobre el hueso
de tomo y peso idea-carne, y Tú eres
la memoria de Dios, el libro abierto
de los vivientes; Tú, de Dios la carne
sobre los huesos de la tierra has puesto;
¡nuestra roca y aliento has sido Tú!

XVI

BRAZOS

Bajo las blancas alas de tus brazos,
abiertos como están los de una madre
Lucas, XIII, 24. que guarda al niño en sus primeros pasos,
cual la gallina ampara a sus polluelos,
nos recoges. Cual de la dulce muerte
alas que a vida llevan tus dos brazos,
ábrense; se abren cual las velas cándidas
de tu divino corazón que boga
por sobre el mar sin fondo y sin orillas
de allende esta visión. Son las dos alas
lumínicas de Dios tus blancos brazos,
Génesis, I, 2 los remos del Espíritu que flota
sobre el haz de las aguas tenebrosas
del dolor de vivir. A un lado y otro
tiendes tus brazos, Sembrador que siembras

tu sangre en nuestros corazones; brotan
en ellos lirios de blancura. ¡Luego,
con esa mano misma con que siembras
has de lanzar desde la blanca nube
donde te asientas la segur a tierra
para segar tus mieses ya en sazón!

Apocalipsis, XIV, 14.

XVII

Con esos brazos a la cruz clavados
has hecho, Maestro carpintero, casa
de Dios a nuestra pobre tierra, dándole
morada en nuestro suelo. Cuatro clavos,
hijos del arte humano, te enclavijan
al árbol de tu muerte y vida nuestra,
formándole a tu Padre en nuestro suelo
solar de amor. Y aquí sueña y descansa,
su celeste cabeza, en la que el Verbo
mora increado, como en almohada
recostando en tu pecho, y a tu toque
siéntese hombre, que es del todo el fin.

XVIII

TIERRA

Éxodo XVII, 8-16.

MIENTRAS tienes los brazos levantados,
los suyos Amalec deja abatidos,
y el triunfo piso a nuestros pasos pone,
y en nuestras frentes cielo. Y Tú en la cumbre
tu cruz levantas, de Moisés la vara,
no con la diestra, con el cuerpo todo,
que están los serafines sustentando.
Eres bandera del Señor, bandera
de carne humana que tejió en el seno
de nuestra Madre Tierra el Santo Espíritu.
Tierra, divina Tierra, Madre nuestra;
tú, la esclava del sol, estrella oscura;
tierra virgen, en nubes embozada:
son tus montañas maternales pechos
de donde baja a las sedientas vegas

agua del cielo, y de tus verdes bosques
el follaje de sombra a nuestros sueños.
Es tu regazo de mullida yerba
para dormir sin fin cuna del alma,
y tu seno que pan nos da, dió al Justo
su carne, cebo de la Muerte avara;
¡tierra panera, le pariste tú!

XIX

HOMBROS

Lucas, XV, 5.

Tus hombros cual alcores soleados
donde a la sombra de tu cabellera
— follaje perfumado — y al socaire
sestean las ovejas del rebaño
de tu Padre; blandos cerros redondos
para tenderse a apacentar la vista
con la visión del valle de tu pecho
de infinitud viviente coronado,

y a dormir a la sombra del Espíritu
creándonos el alma agusanada;
¡médanos que del mar caliginoso
donde al alma se ahoga, que es tu Padre,
la espuma susurrante nos orillan
en que asidos de Tí, poder flotar!

XX

MANOS

Lucas, IV, 40.

Mateo, IX, 25; Marcos, V, 41; Lucas, VIII, 54

Tus manos, las que abrieron a los ciegos
los ojos, los oídos a los sordos;
las que a la hija de Jairo levantaron;
las que en toque de amor como una brisa
de los niños las sueltas cabelleras
acariciaron; las que repartieron
en tu cena nupcial al despedirte
tu pan que era tu cuerpo, hoy son dos fuentes
que manan sangre. Cae sobre los ojos

de los que ven; cae sobre los oídos
de los que oyen; sobre los cabellos
de los niños también. Y llueve sangre
de las manos del Cristo taladradas
a tierra que fué manos pedigüeñas
antaño y aún a Dios se alzan pidiendo
que les devuelva pordiosera vida.
¡Y con ellas apuñas sendos clavos
manejando los remos de tu cruz!

XXI

DEDO ÍNDICE DE LA DIESTRA

El dedo acusador de tu derecha
desde el guión del leño nos advierte
lo que hay escrito en el eterno libro
de la vida. Sólo una vez y en tierra
escribiste, Jesús, Tú, la Palabra,
sobre el polvo que pisan los de barro

Juan, VIII, 8; etc.

y sin tinta ni caña, con tu dedo
Juan, IX, 6. desnudo, el que tocó suave los párpados
del ciego y le sanó. Fué una mañana,
y al hacerlo humillándote hasta tierra
Lucas, XI, 20. te encorvaste. Y el dedo que escribía
fué aquel dedo de Dios con que arrojaste
a los demonios.

¡Que en el polvo leve
leamos la lección de la conciencia,
la que trazó tu dedo al doblegarte
sobre la tierra, que es tu libro abierto
y vivo y santo! Al escribir en ella
mostraste la humildad del ministerio
de escritor arrengándote.

La adúltera,
sobre el polvo su vista, a que velaban
lágrimas de dolor, íbase sola
con los brazos cruzados sobre el seno,
guardando en él de tu perdón la prenda,
como una madre apechugando al hijo
recién nacido.

¡Que mi nueva pluma
sobre la tierra de mi patria escriba
del perdón que nos dejas la lección!

XXII

LA LLAGA DEL COSTADO

Poema del Cid, versos 352 a 356.

Juan, XIX, 34.

Aquí la boca que te abrió la lanza
para que hablase tu pasión con sangre,
candada la otra. Ciego era Longinos
que nunca nada vió : dióte en el pecho,
donde saltó su sangre y resbalando
por el astil abajo, hubo de untarse
con ella ambas sus manos, levantólas,
se las llevó a la cara, abrió los ojos,
miró a en su torno, en Ti creyó, y es salvo.

Ecequiel, I, 27.

Veta de fuego ese rubí que al ámbar
de tu pecho encandece; de la hoguera
que acendró tu pasión, respiradero;
surtidor donde el alma que en el páramo

Salmo XLI, 3.

va perdida, su sed de Dios apaga;
del Dios viviente y del Amor gotera
que horada hasta el más duro corazón.

XXIII

VIENTRE

Tu vientre en que cocieron los manjares
de tu cena postrera, pues comías
y bebías como hombre, entre los tuyos;
tu vientre de marfil y con zafiros,
un escudo es blocado que protege
de tu hombría las raíces animales,
y de que sacas jugo al cuerpo. Santo
tu boca vuelve a cuanto masca y traga,
sangre al vino y al pan le vuelve carne.
En medio de él la ley de Dios estaba,
de para su servicio conservarnos.
En tu vientre, cual bloca de un escudo

Lucas, VII, 34; V, 2.

Cantares, IV, 14.

Salmo XXXIX, 9.

de tu blanco en la diana, está la sombra
—mancha de sol—por donde fué tu cuerpo
con el materno uncido; recibiste
por ella el jugo de la tierra madre,
la sangre del rescate del pecado.
Sello es de tu davídico linaje,
pregón de humanidad, muga que marca
donde el reino de Dios toca el del hombre
y se colindan. Es tu ombligo el centro
y es del eje del universo el boje.
Los nueve oscuros meses que en el vientre
de tu Madre viviste de tinieblas
recibías la sangre del rescate,
la sangre humana que pagó la culpa,
del seno de mujer, de carne de Eva.
Esa mancha nos cuenta que naciste
como al dolor nacemos los mortales,
Tú, también, pobre germen encerrado
dentro oscura prisión de humano seno,
y que del sueño prenatal gustaste
la inconciencia, portada de la vida,
probando la materia tenebrosa,
que es el espanto del que ser ansía.
¡Del calvario en la cima un agujero

picó la cruz al ser plantada en tierra,
ombligo por donde entra a nuestra madre
tupida de dolor, sangre de Dios!

XXIV

VERIJA

Isaías, XI, 5.
Juan, XIII, 5, 10.
Lucas, XII, 35.

DEBAJO de ese velo de misterio
que luminoso tus riñones ciñe
— y el lienzo es que enjugó de tus apóstoles
los pies lavados, con que el hombre todo
se queda puro —; bajo de ese velo
— ceñidos los riñones como en marcha —
la fuerza del varón, Señor, se esconde.
De la Eva de la gracia, madre virgen,
en las entrañas Tú, Adán de gracia,
carne de padre pecador, tomando
virgen la diste de la cruz al lecho.
Y engendraste al morir. Cristo, tu muerte

fué lo que te hizo padre de la vida
de la gracia, tu muerte la primicia
de tu virilidad; con ella al cabo
la Humanidad esposa conociste
Éxodo IV, 25. y su esposo de sangre te obligaste.
¡Sin Ti, Jesús, nacemos solamente
para morir; contigo nos morimos
para nacer y así nos engendraste!

XXV

RODILLAS

No encorvadas, erguidas tus rodillas,
a modo de quien marcha, pues tu muerte
Ecequiel, II, 1. jornada es, no descanso. Y por espuelas
de la cruz, tu corcel de lid, los clavos,
la empujas aguijándola en tu vuelo,
no por ella llevado, pues dominas
como buen menestral a tu herramienta,

Juan, XII, 32.

y a su remolque a todos nos arrastras.
¡Y con tus corvas, presas del madero,
Tú, armándole al Demonio zancadilla,
morder le hiciste el polvo ensangrentado,
y a cubierto dejaste del enojo
de tu irritado Padre nuestro error!

XXVI

PIES

Juan, X, 1; etc.

Y tus pies de pastor, que en el aprisco
se entraban por la puerta y que desnudos
acariciaron con sus cinco dedos
al suelo humilde — carne sobre tierra
que con su desnudez santificaste —;
los que el Jordán ciñera con las linfas
de su caudal corriente como a presa
de ancla de eternidad, mientras posaban
ellos sus plantas sobre los guijarros

del cauce, surco de la madre tierra;
los que el polvo vistió de los senderos
Mateo, XI, 21. — ¡no más sois ya, Cafarnaum hundido,
Betsaidá y Corazín! —; los que bañados
de la yerba, tu muelle alfombra verde,
con el rocío o con la propia sangre,
entre pedruscos con amor corrían
tras de la pobre oveja descarriada;
Lucas, XV, 4; Mat., XVIII, 12. Lucas, VII, 38. los que la Magdalena con sus lágrimas
bañó para enjugar con sus cabellos;
los que besara con sus ledas ondas
muriendo en las orillas Tiberiades;
los que escalaron el Tabor y hacían
temblar de amor bajo ellos a las rocas,
garapiñados con la gruesa sangre
que los clavos sacaron, danle al suelo
pedregoso a beber — suelo de siembra
que endebleció con su escabroso piso
tantos llagados pies de caminantes
que sin rumbo ni tino de la muerte
querían escapar — la sangre pura
de los sumisos pies que resignados
se fueron a la muerte por sendero
de infamia y duelo sin torcer la huella.

¡Baja a la lobreguez de las entrañas
del negro reino de los que ya fueron,
donde su sed apaga de la muerte,
y ese polvo que un día corazones
fué que latieron con afán pesares
bebe la linfa de la eternidad!

XXVII

SOPORTE - NATURALEZA

El leño de tu cruz está podado
de su fronda; bajo él no se columbra
tierra, cuyo verdor ha ido a fundirse
con la blancura de tu cuerpo. Plena
Naturaleza culminó en tu pecho :
que al humanarte, humanizaste al mundo
vuelto conciencia en tu dolor. Camino
para llegar a Ti, que eres el Hombre,
Naturaleza es sólo; Tú, a la Tierra,

nuestra negra nodriza, con tus manos,
selladas con tu sangre, la levantas
como hostia al cielo y a la luz la pones
del Sol eterno que en blancura anega
su verdor y en idea la convierte.
Tú sobrenaturalizaste, el Hombre,
lo que era natural, humanizándolo.
Selvas, montañas, mares y desiertos,
confluyen a tu pecho, y en Ti abarcas
rocas y plantas, bestias, peces y aves.
Es como un arca de Noé tu cuerpo
donde se salvan del diluvio lóbrego
cuantos hijos parió la Madre Tierra
para darlos al hombre en mayorazgo.
La santa Tierra, que de carne viva,
Verbo de Dios desnudo, te vistiera,
fué por la sangre de esa misma carne
sacramentada; no hay en ella mota
de polvo que por Dios no haya pasado.
¡Dios el misterio de la vida humana
trazó con las estrellas en el manto
de ébano de la noche, y descifraste
su secreto con gotas de tu sangre
sobre la Tierra, en testamento fiel!

CUARTA PARTE

I

MUERTE

Apocalipsis, I, 5.

Eres Tú de los muertos primogénito,
Tú el fruto, por la muerte ya maduro,
del árbol de la vida que no acaba,
del que hemos de comer si es que quisiéremos
de la segunda muerte vernos libres.
Pues Tú a la muerte que es el fin has hecho
principio y soberana de la vida,

Apocalipsis, VI, 8.

la Muerte blanca envuelta en negro manto
y en caballo amarillo caballera;
la Muerte, Emperadora de la Historia,
que segados los hombres nos encilla
con avaricia de conquistadora.
Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del Hombre

hijo; ¡Tú, Cristo, con tu muerte has dado
finalidad humana al Universo
Oseas, XIII, 14. y fuiste muerte de la Muerte al fin!

II

SALUD

Salmo XXXIV, 3.

No enfermedad, sino salud tu tránsito
de esta huidera vida a la de siempre;
no grietas ni resquicios de una ruina
tus heridas; no escombros en desplome
tus miembros que aguantaron el estrago
del suplicio feroz; no hubo rendija
de podre en tu recinto, ni hubo quiebras
en tu entereza, ni tu carne pasto
de los gusanos fué, ni calavera
se hizo el cercado del mollar vivero

de tu humano pensar, pues fué tu muerte
salud y sanidad y lozanía;
fué robustez hasta los mismos tuétanos
Juan, XIX, 33. de tus enteros huesos. No tu madre
nuestra cándida tierra, manadero
que no se agota de salud pristina,
nuevo pastor Abel, mas tus hermanos
te segaron el hilo de la vida;
no natural tu muerte, sino humana.
Sin tocar suelo has muerto, Caballero
del eterno perdón, firme jinete
de tu cruz a la grupa; y tu batalla
postrera, de agonía, no libraste
sobre el regazo de tu madre. A tierra
volviste sano, cual surgiste de ella,
y entero, sin romperla ni mancharla;
virgen la hizo tu muerte y la hizo madre.
Y estás muriendo sin cesar; tu muerte,
perenne sacrificio, nos es vida
perenne; sin cesar por Ti morimos,
resucitando sin cesar. Remedio
para la enfermedad de nuestra vida
la salud de tu muerte. ¡Tú y tu Madre
juntos juntasteis los dispersos miembros

del no parido Adán; juntos juntasteis
la nueva Humanidad, la que, ave fénix,
sobre el nido de llamas de tu pecho
incendiado de amor, se reconquista
y se levanta hasta tocar a Dios!

III

PALABRA

No ella a Ti, sino tienes a la muerte
brezándola en tus brazos. Le entregaste,
como cebo, tu carne, y a tu astucia
rendida, fué tu presa. Te pusiste
a la puerta del reino de la Muerte,
y al tocar tu cadáver, Eliseo,
vuelven a vida los que ya vivieron:
que es de final resurrección la cuna
tu leño, antaño de la Muerte féretro.
Tú con tu muerte afirmas nuestra vida;

II Reyes, XIII, 21.

tu silencio es un sí que llena el cielo;
Tú eres siempre el mismo, inalterable,
porque los otros todos en Ti encierras,
Juan, I, 14. Tú, el Hombre, idea viva. La Palabra
que se hizo carne, Tú; que la sustancia
del hombre es la palabra, y nuestro triunfo
hacer palabra nuestra carne, haciéndonos
ángeles del Señor. Verbo ya carne
moraste, Jesús nuestro, con nosotros
para hacer nuestras carnes pecadoras
verbos que el cielo para siempre habiten,
y tu muerte en el leño fué la prenda
de la resurrección de nuestros cuerpos.

IV

RECAPITULACIÓN

I Corintios, XV, 26-28. CUANDO todas las cosas soyugadas
bajo tus pies ensangrentados sean

por tu Padre y escaño de tu gloria
la creación entera al pie del Hombre,
Tú mismo al punto rendirás tu cuerpo,
mansión de la Palabra, y sometido
bajo el poder de Dios, será ya todo
por siempre en todos Él. ¡Y Tú, cabeza
del mar sin lindes de cuanto se alcanza,
del ser hecho Visión final Caudillo,
por Ti humanado el Universo entero
y el Hombre mira de la Creación!

Efesios, II, 16.

V

VERDAD

Eres Tú la Verdad que con su muerte,
resurrección al fin, nos vivifica.
«¿Qué es la verdad?», lavándose las manos
Pilatos preguntaba al entregarte,
siendo Tú la verdad, cuando tu sangre

Juan, XVII, 38.

nos lava del error del nacimiento.
Eres Tú la verdad, la que consuela
de la muerte; el raudal del agua pura
que nos quita la sed, no del océano
la que la vista llena. Sólo embuste
y error no más Naturaleza; engaño
del sentido, mentira lo que vemos;
una añagaza urdida por la Muerte,
que muerta de hambre sin cesar nos ronda
para tragarnos. ¡Curas el hastío
que nos meten al tuétano del ánimo
los halagos del mundo lagotero
que nos envuelve en sempiterno error!

VI

REINO DE DIOS

Caudillo de la patria sin linderos
de la infinita Humanidad, nos llevas,

mesnada de cruzados, a la toma
de la Jerusalén celeste, encierro
de la gastada ley y señorío
del porvenir eterno; asiento el único
de libertad — de que eres el dechado —,
ciudad de Dios, lugar final del Hombre;
cristianado Universo que a tu gracia
se ha forjado en el hombre, el hombre mismo.
«¡No es — dijiste — mi reino de este mundo!»;
tu reino es de la historia la creciente,
no progresiva, eternidad; ¡tu reino
la Humanidad sin lindes, y sin hitos,
conquista del Espíritu en sazón!

VII

ANSIA DE AMOR

Danos, Señor, acucia tormentosa
de quererte; un anhelo entre combates

del Enemigo, que jamás se rinde
de cercarnos. Suele confiado el hombre
dormirse en el amor, pero en el ansia
de amar no cabe sueño. Que a tu bulto
no logremos tocar ni en puro anhelo;
que como en este del pincel prodigio
— relieve inmaterial y milagroso —,
de nuestro abrazo corporal te esquives
aquí en el mundo ruin. Nuestro cariño
quede en agraz en el viñedo mustio
de aqueste pedregal, que al cielo abierto
del Sol desnudo de la gloria eterna
madurará sin fin. Sé pan que el hambre
nos azuce; sé vino que enardezca
la sed de nuestra boca. Mientras dure
nuestra vida en la tierra, sea el ansia
de amarte nuestra vida : que se duerme
sobre el amor logrado, y es el sueño
no vida, sino muerte. No se cumple
la Humanidad en este triste valle
de sueño y amargor. De nuestras almas,
pobres orugas, saca mariposas
que de tus ojos a la lumbre ardiendo
renazcan incesantes. Hoy bregamos

Juan, XX, 17; Lucas, XXIV, 39.

por más alto bregar.
Canta la Esposa,
la Iglesia, tu pasión, y su esperanza
con cantos amamanta, y a tu imagen
envuelve nimbo de armonía dulce.
¡Conchas marinas de los siglos muertos,
repercutan los claustros las salmodias,
que, olas murientes en la eterna playa,
desde el des-cielo de la tierra alzaron
almas del mundo trémulas, pidiéndote
por el amor de Dios descanso en paz!

VIII

SADUCEÍSMO

.....¡y la vida perdurable, amén!

DOBLA tu frente, triste saduceo,
contempla el polvo, que es tu fuente; y mira

que con la torre de Babel el cielo
no has de romper, y que la vida toda
no es sino embuste si no hay otra allende.
¿Qué es el progreso que empezó aquel día,
de rojo ocaso, en que la espada ardiente
del ángel del Señor brilló a la puerta
del paraíso? Dí, ¿qué es el progreso
si, hojas que secas Aquilón arrastra,
van nuestras almas a abonar la tierra
donde aguardando la segur el árbol
de la vida sombrea a nuestra muerte?
¿A qué saber, si la conciencia al borde
de la nada matriz no espera nada
más que saber? Di, ¿dónde están las olas
que gimiendo en la playa se sumieron?
¿Y aquellas otras que al confín hinchándose
con sus espumas anegar querían
a las estrellas? Di, ¿qué es lo que dura?
Sé que preguntas, saduceo triste,
con risa amarga, qué mujer tendremos
después de muertos. Dime, mas de vivos
¿qué vida es ésta si esperamos sólo
a lo que sea cuando no seamos?
Quiebra tu envidia, triste saduceo;

Eclesiastés, II, 15-16.

Marcos, XII, 18-27.

deja que la esperanza nos aduerma,
y en nuestros labios al postrer suspiro
muera del Credo la postrera ráfaga.
¡Y Tú, Cristo que sueñas, sueño mío,
deja que mi alma, dormida en tus brazos,
venza la vida soñándose Tú!

ORACIÓN FINAL

Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos,
oye de nuestros pechos los sollozos;
acoge nuestras quejas, los gemidos
de este valle de lágrimas. Clamamos
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima
de nuestro abismo de miseria humana,
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,
danos las aguas de tus nieves. Águila
blanca que abarcas al volar el cielo,
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,
el vino que consuela al embriagarnos;

Salmo CXXIX, 1.

a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre
que en la noche nos dice que el Sol vive
y nos espera; a Ti, columna fuerte,
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa,
te pedimos el pan de nuestro viaje
por Dios, como limosna; te pedimos
a Tí, Cordero del Señor que lavas
los pecados del mundo, el vellocino
del oro de tu sangre; te pedimos
a Ti, la rosa del zarzal bravío,
la luz que no se gasta, la que enseña
cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora
del divino licor, que el néctar pongas
de eternidad en nuestros corazones.
Te pedimos, Señor, que nuestras vidas
tejas de Dios en la celeste túnica,
sobre el telar de vida eterna. Déjanos
nuestra sudada fe, que es frágil nido
de aladas esperanzas que gorjean
cantos de vida eterna, entre tus brazos,
las alas del Espíritu que flota
sobre el haz de las aguas tenebrosas,
guarecer a la sombra de tu frente.

Juan, XI, 39, 3, 25.

Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede;

ve cómo yo, a quien quieres, adolezco;
Tú eres resurrección y luego vida:
¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!
Llévanos Tú, el espejo, a que veamos
frente a frente tu Sol y a conocerle
tal como Él por su parte nos conoce;
con nuestros ojos-tierra a ver su lumbre
y cual un compañero cara a cara
como a Moisés nos hable, y boca a boca.
¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,
que es el reino de Dios reino del Hombre!
Danos vida, Jesús, que es llamarada
que calienta y alumbra y que al pábulo
en vasija encerrado se sujeta;
vida que es llama, que en el tiempo vive
y en ondas, como el río, se sucede.
Los hombres con justicia nos morimos;
mas Tú sin merecerlo te moriste
de puro amor, Cordero sin mancilla,
y estando ya en tu reino, de nosotros
acuérdate. Que no como en los aires
el humo de la leña, nos perdamos
sin asiento, de paso; ¡mas recógenos
y con tus manos lleva nuestras almas

I Corintios, XIII, 2.

Éxodo XXXIII, 11; Números, XII, 8.

Lucas, XXIII, 40.

al silo de tu Padre, y allí aguarden
el día en que haga pan del Universo,
yeldado por tu cuerpo, y alimente
con él sus últimas eternidades!
Avanzamos, Señor, menesterosos,
las almas en guiñapos harapientos,
cual bálago en las eras—remolino
cuando sopla sobre él la ventolera—,
apiñados por tromba tempestuosa
de arrecidas negruras; ¡haz que brille
tu blancura, jalbegue de la bóveda
de la infinita casa de tu Padre
—hogar de eternidad—, sobre el sendero
de nuestra marcha y esperanza sólida
sobre nosotros mientras haya Dios!
Ecequiel, I, 2 De pie y con los brazos bien abiertos
Lucas, VI, 10 y extendida la diestra a no secarse,
haznos cruzar la vida pedregosa
—repecho de Calvario—sostenidos
del deber por los clavos, y muramos
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,
y como Tú, subamos a la gloria
de pie, para que Dios de pie nos hable
y con los brazos extendidos. ¡Dame,

Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acorcha,
me entre en el claro día que no acaba,
Salmo XII, 4 fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,
Hijo del Hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada anegada en Ti, Señor!

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo	Página
I.	11
II.	12
III.	13
IV.	15
V. — Luna	18
VI. — Ecce Homo	19
VII. — Dios-Tinieblas	21
VIII.	24
IX. — Sangre	26
X. — La vida es sueño	29
XI. — Paz en la guerra	31
XII. — Alba	32
XIII. — Rosa	33
XIV. — Arroyo-fuente	36
XV. — Nube-música	37
XVI. — Cordero	39
XVII. — Hostia	41
XVIII. — Vino	42
XIX. — Lino	44
XX. — Águila	45
XXI. — Nube negra	47
XXII. — León	48

Índice

Capítulo	Página
XXIII. — Toro	49
XXIV. — Querubín-libro	50
XXV. — Puerta	52
XXVI. — Lirio	54
XXVII. — Espada	55
XXVIII. — Ánfora	57
XXIX. — Paloma	58
XXX. — Leche	59
XXXI. — Árbol	60
XXXII. — Eucaristía	62
XXXIII. — Barco	63
XXXIV. — Enjullo	64
XXXV. — Escala	65
XXXVI. — Serpiente	66
XXXVII. — Los clavos. — El arte	68
XXXVIII. — Ciervo	70
XXXIX. — Silencio	71

SEGUNDA PARTE

Capítulo	Página
I. — Soledad	75
II.	76
III. — El mar	78
IV. — Fuego	79
V.	81
VI. — Alma y cuerpo	82
VII	84

Índice

Capítulo	Página
VIII. — Miguel	86
IX.	88
X. — Tormenta	90
XI. — Desnudez	92
XII. — Balanza	95
XIII. — Rey	96
XIV. — Del Sinaí al Calvario	98

TERCERA PARTE

Capítulo	Página
I. — El rótulo	103
II. — Corona	105
III. — Cabeza	107
IV. — Melena	108
V. — Frente	112
VI. — Rostro	113
VII. — Ojos	115
VIII. — Orejas	117
IX. — Nariz	118
X. — Mejillas	120
XI. — Obediencia	121
XII. — Cuerpo	124
XIII. — Pecho	125
XIV. — Aire	127
XV. — Osamenta	128
XVI. — Brazos	130
XVII	131

Índice

Capítulo	Página
XVIII. — Tierra	132
XIX. — Hombros	133
XX. — Manos	134
XXI. — Dedo índice de la diestra	135
XXII. — La llaga del costado	137
XXIII. — Vientre	138
XXIV. — Verija	140
XXV. — Rodillas	141
XXVI. — Pies	142
XXVII. — Soporte-Naturaleza	144

CUARTA PARTE

Capítulo	Página
I. — Muerte	149
II. — Salud	150
III. — Palabra	152
IV. — Recapitulación	153
V. — Verdad	154
VI. — Reino de Dios	155
VII. — Ansia de amor	156
VIII. — Saduceísmo	158
Oración final	160

Este libro acabóse de imprimir,
por la Tipográfica Europa,
Pizarro, 16, Madrid, a 8 de
octubre de 1920